

GUILLERMO FELIÚ CRUZ

Profesor Extraordinario de Historia Documental de Chile y Profesor Auxiliar de Historia de América del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Conservador de las Bibliotecas Americanas José Toribio Medina y Diego Barros Arana de la Nacional de Santiago de Chile. Miembro de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía y de la Academia Chilena de la Historia.

# BARROS ARANA

## Y EL MÉTODO ANALÍTICO EN LA HISTORIA

UN ENSAYO DE INTERPRETACION

EDITORIAL NASCIMENTO

SANTIAGO

CHILE

1934

*Al Señor Don*

*Domingo Amunátegui Solar.*

*A Ud., que es hoy sin disputa el maestro venerable de las ciencias históricas nacionales; a Ud. que comenzó siendo discípulo de Barros Arana y heredero de la tradición intelectual de don Miguel Luis Amunátegui, y ha concluído orientando la historiografía chilena en un sentido de interpretación social nuevo en nuestros anales, le consagra este estudio su antiguo discípulo y sincero amigo.*

G. F. C.

*Enero, 1934.*



*Diego Barros Arana*

Nada más opuesto a la concepción de la síntesis en la labor historiográfica, que el espíritu de Barros Arana. Siempre que puede, parece como esquivar sus directrices. La enérgica voluntad de su pensamiento le inclinaba, por naturaleza, a la aplicación del método analítico. Está como enclavado en el fondo de su criterio observador, frío, emancipado, amante de la investigación en cualquier orden del conocimiento, así considere las grandes cuestiones del humanismo, o bien penetre en el estudio de las ciencias. Mas, el historiador chileno no es un elemento aislado en el proceso de la evolución de nuestra cultura. Toda la generación del siglo XIX, educada en la enseñanza laica del Estado, fué formada, desde las aulas, en el análisis amplio de los problemas de las ciencias, de la filosofía, del derecho y de las cuestiones literarias. A ello se debe, indudablemente, que el carácter esencial de la investigación científica en Chile, en cualquiera de sus manifestaciones, sea la actitud crítica. A ello también, la solidez y vigor de la literatura nacional en algunas de sus ramas mejor cultivadas, tales como la Historia, el Derecho y las Ciencias Naturales. Y así se comprende por qué en América logró el pensamiento chileno fama de respetabilidad y consideración tan altas.

Bello disciplinó la juventud de su tiempo en las ventajas del método analítico. "En su espíritu recto y bien equilibrado — dice Menéndez y Pelayo — se juntaban dichosamente la audacia especulativa, que abre nuevos rumbos, y el sentido de la realidad, que convierte y traduce la especulación en obra útil. De los resultados de su vasta y rica cultura personal, adaptó a la cultura chilena los que en su tiempo eran adaptables; y por eso, más que en filosofía pura, insistió en sus aplicaciones; más que en el Derecho natural, en el Derecho positivo; más que en la filología propiamente dicha, en la alta crítica, en la Gramática. Los tiempos lo pedían así, y él se acomodó sabiamente a los tiempos, comenzando el edificio por los cimientos y no por la cúpula. Poco le importó ser tachado de pedagogo tímido, de intolerante purista, de

enemigo de la emancipación intelectual. Sin imponer cierto género de disciplina, es imposible enseñar a hablar, a pensar, a leer, a un pueblo que acababa de salir de la menor edad" (1). El ilustre caraqueño, por otra parte, al implantar entre nosotros su severo magisterio, no violentaba tampoco su temperamento. El sentido de la realidad estaba en él antes que nada. Era indudablemente un espíritu frío, ponderado, circunspecto. Los arranques de la imaginación, sus desbordes, podían contenerse por el férreo método con que había disciplinado su inteligencia. El poeta rara vez se elevó a esos arranques de lirismo que fueron tan comunes y que parecieron de tan buen gusto en su tiempo. Siempre en la poesía de Bello hay algo contenido, virtualmente ahogado, que teme aparecer. Es que nada hay tan apartado de su espíritu como la tendencia a construir sistemas especulativos. Nunca abarca todas las perspectivas del pensamiento para elaborar una doctrina completa. Funda todas las concepciones, así en literatura como en filología, en derecho como en filosofía, en matemáticas como en gramática, en la experimentación de los hechos, en el análisis menudo de un método científico rigurosamente exacto que elude la síntesis, para dar paso al más recio y vigoroso procedimiento crítico.

Pero si en Bello existía un corazón desapasionado y una imaginación contenida en las limitaciones de un sano realismo, fuerza es convenir que su poderoso entendimiento se nutrió de un ambiente por demás apto a su formación intelectual. Largo tiempo residió en Inglaterra. Los diecinueve años de su estancia en Londres hubieron de serle de un provecho exorbitante. Y aun cuando ellos corresponden a los más angustiados de su vida, a los de más tristes miserias que hombre alguno americano de su fuste sufriera en tierra extraña, son los que marcan en su vida de estudioso ejemplar, los más provechosos para su espíritu anhelante en captar la verdad. Al lado de los ingleses, vinculado su hogar a una británica primero, y después a otra, en contacto con una sociedad culta que le dió cierta cabida como individuo no nada vulgar, se impregnó de la manera de ser del carácter inglés, y de ahí el sentido realista de sus concepciones, que no excluyen, por cierto, el idealismo en determinadas cosas. En política era liberal, pero conservador a la manera inglesa.

---

(1) Menéndez y Pelayo.—*Historia de la Poesía Hispanoamericana*. T. I. pp. 362-363.

Creía en la libertad antes que en nada, siempre que ella fuera significado de orden y respeto. Era, sin duda, individualista acérrimo, cual convenía a un inglés de la primera época del siglo XIX, y como tal no podía comprender las limitaciones del Estado en las actividades de los hombres, siempre que éstas no fueran a herir ni a terceros ni a los dogmas de la moral social. Entendía las sanciones y las penas concedidas por la institución del jurado. Veía en el parlamentarismo la forma de resguardar la dignidad humana y la de la ley. Poco esperaba de la escrita. En su concepto, ninguna mejor que la ley de la tradición, o sea, el derecho consuetudinario.

La abstracción de las ideas, las *quimeras ontológicas* — como él mismo las llamó — llegaron a ser en Bello formas despreciables y primarias del conocimiento. Así como en materias de alta filología se debe por entero a Condillac, y no reconoce formación inglesa ninguna, en filosofía y en psicología pertenece en cuerpo y alma a los maestros de la escuela escocesa. Y a veces se aleja de ella y planta su tienda en la de Edimburgo. La concreción de su pensamiento hay que buscarla en los grandes guías que su espíritu sagaz supo encontrar durante su formación intelectual en Londres, formación que fué, por lo demás, definitiva. Se debe, en efecto, a Lord Holland. Extrajo de Bentham — cuyos manuscritos descifró — parte principalísima de las que fueron sus ideas políticas. Hamilton, Berkeley y Stuart Mill, le orientaron en psicología y filosofía. Hasta en pedagogía deriva su enseñanza de la manera inglesa. Todos esos pensadores, que tan alta irradiación ejercieron en Europa y en América en el siglo XIX, contribuyeron a despertar en el caraqueño la afición por las ciencias experimentales. En Bello había la pasta de un filósofo, y ciertamente que lo fué dejándonos en sus escritos la huella de sus doctrinas que no tienen por qué analizarse aquí.

La enseñanza de Bello hizo escuela en Chile y en América. Perduró su tradición en todas las formas que abarcó su magisterio. Los juristas buscaron la fuente del derecho en el derecho tradicional romano, tal como él lo había proclamado. Los filósofos preocupáronse más de las aplicaciones de la filosofía, como él lo deseaba. Los filólogos no se contentaron con hacer críticas de los sistemas, sino que atendieron a la gramática. Los escritores abandonaron las novedades del momento y las temerarias sugerencias de espíritus exaltados, para dedicarse a

fijar la lengua en su correcta majestad y en su proporcionada sintaxis. Los poetas excluyeron las exaltaciones febriles de la imaginación para convertir la poesía, como la suya, en una expresión reflexiva, docta, profunda, bella hasta en su mismo artificio. Los historiadores no hicieron de la historia obra de arte, porque Bello no quiso que se hiciera, ni permitió tampoco que se filosofase en su nombre. Prefirió la crónica, y los que él educó fueron cronistas, que formaron una legión poderosa de sabios eruditos, amigos de los papeles, anotadores incansables de datos, cifras y hechos. Quería que la crítica depurase la Historia de más tarde. El tipo de universalidad creado por él, que sentía en sus venas el sentido académico de la ciencia y de la alta cultura, fué el francés, al estilo napoleónico: práctico, positivo. Su realismo le hizo comprender que Chile, antes que sublimes doctores, necesitaba profesionales: abogados, médicos, ingenieros, etc. Después veremos el mal que con ello nos hizo.

Sus continuadores en la enseñanza no hicieron más que seguir desenvolviendo en las aulas su venerable orientación intelectual. El método de Bello quedó impreso por largos años en todos los hombres de su generación, y en la que siguió al Maestro. Y continuó hasta que vino a derribarlo la implantación del sistema alemán, nivelador por excelencia, generalísimo y superficial, de primer orden para hacer hombres sin ciencia y espíritus simplistas y vulgares, tal como convenía a una insulsa democracia que quería el sufragio universal.

Al igual que Bello, Barros Arana ejerció en la juventud chilena un magisterio incontestable. Pero entre ambos hay fundamentales diferencias. El autor de la *Historia General* no tuvo la facultad creadora del que escribió la *Filosofía del Entendimiento*. Ni llegó tan lejos tampoco su versación en las humanidades, aun cuando fuera humanista y hombre de la más variada cultura científica. Se parece a Bello en el amor a la enseñanza. Redactó textos sabios para su tiempo, y en esto la semejanza con el caraqueño es palpable. En cambio, en otras modalidades espirituales, se alejan hasta tocar los extremos. La pasión, en todas sus formas, dominaba a Barros Arana. Tenía pasión política recargada de la más poderosa energía. Sublimaba el odio en el sectarismo religioso. Bello era la ponderación misma. Los amargos contratiempos de su vida, sus grandes dolores morales, no hicieron más que acrecentar su religiosidad. Sin embargo, tanto en Bello como en Barros Arana, la honradez en los ideales, buscados por caminos tan di-

ferentes, llegaban al mismo fin. Si es cierto que Barros Arana no fué discípulo del emocionado poeta de la *Oración por todos*, ni oyó en los claustros fríos y solemnes del Instituto Nacional, ni en los de la Universidad, su sabia palabra, es forzoso considerarlo como tal. Intelectualmente era su discípulo, y él parecía orgulloso reconocerlo así. Le era deudor del método. Le guió en sus lecturas. Estuvo cerca de él. Historiador sobre todo, bibliógrafo, erudito, Barros Arana llevó a la perfección la doctrina historiográfica levantada por Bello, en contraposición a la sostenida por Lastarria. Impuso a su obra el sello profundo de su genio en la aplicación del método analítico en la historia, tal como lo quería y deseaba el sabio Rector de la Universidad de Chile. "Los concursos anuales daban ocasión para que la Facultad de Filosofía y Humanidades — escribe un hijo de Lastarria — a la que más especialmente correspondía esta materia, fomentara el estudio de la historia, con tal éxito que las memorias de entonces presentadas, con los discursos de las sesiones solemnes de la Universidad, forman casi principalmente nuestra biblioteca histórica. Bello, en la primera época, fué el alma en la dirección de aquellos ensayos. Amonestaba y aconsejaba; procuraba inspirar en la forma de los trabajos las ideas y el fondo de los escritos. No creía que el escritor chileno debiera dedicarse a buscar el espíritu o la filosofía de los acontecimientos, sosteniendo que debía limitarse a su simple exposición. Aquella doctrina del Maestro era de una trascendencia asombrosa. Enseñando la forma que debía emplearse, limitaba la acción del pensador. En la época en que enunciaba tales principios, germinaba en el país esa revolución en las ideas que hemos visto desenvolverse y crecer hasta hacerse en nuestros días el credo de la nación; y Bello, limitando los horizontes de la historia, reducía la influencia que podía ejercer su enseñanza en provecho de las nuevas teorías, y anulaba el apoyo que daban sus lecciones a los que señalaban nuevas miras para la aspiración política y económica del país.

"Por eso es de notar que su idea tuvo ardientes sostenedores entre los más conspicuos adalides del partido conservador. Así, don Miguel de la Barra, cuya memoria ha sido relegada a un olvido indigno de sus servicios, y don Antonio García Reyes, cuya memoria ha sido por fortuna realzada, decían que hubieran celebrado encontrar, en la *Reconquista Española* de los hermanos Amunátegui, "una relación más

casera, abundante de pormenores y sazónada con aquellos incidentes familiares que sirven tanto para ilustrar la mente del historiador futuro, y que algunas veces caracterizan los personajes y las épocas..."; y esto, cuando los señores Amunátegui creían conformarse en la composición de esa memoria con las ideas sobre el modo de escribir la historia nacional, emitidas por el señor Rector y algunos otros miembros de la Universidad. Cierto es que el ilustre Maestro no quería reducir el papel del escritor al de mero cronista; pero sus adeptos llegaban a considerar un defecto que una memoria "estuviera escrita como podía estarlo la historia misma"... "Sin embargo, como lo hemos dicho, don Andrés Bello, árbitro de la dirección de las letras de Chile, creía que la obra del historiador debiera reducirse a ser la obra del erudito". (2).

Fué lo que hizo Barros Arana. Y aun cuando no hubiese seguido la doctrina de Bello, siempre habría llegado a fundar en la historiografía chilena el sistema que le debe a aquél, porque se conformaba admirablemente con su psicología personal, con su manera de ser intelectual. Asombra, en efecto, que un hombre como Barros Arana, de tan vasta y completa cultura científica y literaria, careciera en absoluto de espíritu filosófico, o se decidiera, ya que no era filósofo, por un sistema cualquiera. Aborrecía la especulación. Obraba y pensaba sobre hechos. La abstracción le era insoportable.

A las veces, la continuidad férrea del método expositivo parece un sistema de ordenación de doctrinas en la *Historia General de Chile*. En las notas de esa obra magna, escrita en un estilo de difícil sencillez, suelen encontrarse las ideas generales que forman, por así decirlo, el pensamiento filosófico del autor. Luego uno se desencanta, sin embargo. Cuando nos explica, por ejemplo, con una soberbia erudición, la trascendencia moral que significó para la humanidad el descubrimiento de América, no es él el que habla. Es un pensador europeo, cuyo nombre, con toda honradez, nos lo da a conocer. Si nos expone, en páginas severísimas por su elocuencia, los progresos de la geografía en el siglo XVI, y nos hace ver las consecuencias que de allí

---

(2) Demetrio Lastarria.—Idea sobre nuestra literatura histórica. En Subscripción de la Academia de Bellas Letras a la estatua de don Andrés Bello. Santiago, 1874, pp. 277 y sigs.

se derivaron para el comercio, la industria y el orden social, el desencanto también se apodera de nosotros. No es Barros Arana el que piensa: es un gran autor que nos cita. La pertinacia de su anticlericalismo, esa es suya. Pero tampoco es original. Todo es reflejo en este hombre. La cultura no adquirió en él formas creadoras. No interpretó jamás. Los hechos y los hechos, hechos y más hechos. De ahí no salía. Tanto mejor para nosotros. Merced a ese esfuerzo casi sobrehumano de compulsiva documental y bibliográfica, hoy nos encontramos en posesión del más valioso caudal de información para concluir interpretando nuestro pasado.

No puede negársele a Barros Arana, con todo, su título de historiador. Es el historiador nacional por antonomasia. En las páginas del prólogo y de la conclusión de la *Historia General de Chile*, ha discutido, apoyado en las mejores autoridades de los tiempos pretéritos y de su época, como luego veremos, las razones del pro y del contra del sistema *ad-narrandum* y del de *ad-probandum*, aplicado a las ciencias históricas. Ha hecho gala allí de una versación sorprendente. Pero concluye decidiéndose por el primero de esos sistemas. Por lo demás, era el que Bello había proclamado, y que él, como discípulo, se sentía obligado a sostener. También a su condición de erudito convenía el método narrativo. Se avenía mejor con la naturaleza de su espíritu. Al aplicarlo, probó hasta la evidencia la fuerza del sentido analítico de que estaba dotado. Como investigador, como bibliógrafo, sólo Medina — su discípulo — le va en zaga. El campo de Medina fué también más vasto, más universal, pero su obra toda no alcanza el sentido tan maravillosamente orgánico, como forma, fondo y factura, que nos muestra la labor del historiador chileno.

Después, sin embargo, intentó en la *Historia General de Chile* una solución, para combinar los dos sistemas históricos, con el resultado que habremos de ver.

Nada hay comparable como la penetración crítica de Barros Arana. Acostumbrado al cotejo de los documentos, a extraer de ellos el *sumun* de los hechos, reconstituye los momentos históricos a fuerza de deducciones e inducciones, y rara vez se equivoca. Los que hemos pasado la vida entera entregados al estudio de la historia de América, y especialmente de Chile, trabajando en la cantera de la documentación o en la veta inmensa de la bibliografía, sabemos por experien-

cia propia que en los dieciséis apretadísimos volúmenes de la *Historia General*, el cuadro, la visión de nuestro pasado, está intacto, sin que nada ni nadie haya logrado alterarlo. Hemos agregado un nombre, corregido una fecha. Nada más. Podemos estar en desacuerdo con las apreciaciones del historiador, sobre todo, cuando éstas se refieren a sucesos políticos; pero el fondo, ése siempre queda tal como lo pintó Barros Arana.

Uno de los defectos más señalados de este libro único es su falta de relieve. Semejan sus páginas como el correr silencioso de las aguas de un arroyuelo, cuyo murmullo es siempre sordo, igual y acompasado. No se ven las olillas que se empujan las unas a las otras. ¡Qué obra más sin emoción! Los grandes hombres y los hombres chicos, los grandes hechos sociales y los más menudos, tienen la misma expresión. Los adjetivos no existen. Las admiraciones se hielan en la punta de la pluma de este escritor incoloro, que pasa de la colonia pasiva, encantadora y feroz, a la independencia épica, llena de sacrificios incruentos, o a la república convulsa e histórica, sin que en su alma estalle un arranque, o en su rostro cansado, de viejo maestro, se contraiga el ceño en un gesto de condenación o aplauso. ¡Curiosa escuela de historiador la suya, en que el sacerdote debía ser un personaje hierético! No podía esperarse de Barros Arana un artificio mayor para ocultar bajo las formas de una templanza serena, los rasgos de fuego de su alma impetuosa. Y toda la historia respira una aparente desapasión, una sinceridad tan levantada de ideas, un espíritu de justicia tan superior a las cosas terrenas, que el lector inexperto y poco avezado en achaques de erudición y de historia, queda al punto convencido, y luego persuadido, de que el autor que arroja en el texto y en las notas de su obra, todos los antecedentes del proceso que relata y los discute, los pesa y los contrapesa, no puede imaginarse haya podido ser un juez interesado. Ahí están, para probar lo contrario, sus opiniones sobre la colonización española; sus prejuicios contra el régimen colonial; sus diatribas contra la Iglesia Católica, que lo ha llevado a negar la obra cultural de la Compañía de Jesús;—lo dice esto un hombre emancipado e increyente—su desdén por la cultura de España en América, y su odio, encubierto a veces, franco en otras, contra el iniciador de la independencia nacional, el General Carrera. ¡Pero todo está dicho y escrito tan sabiamente! Barros Arana sabe colocarse en

una situación estratégica para hacer prevalecer sus simpatías o antipatías. Y es difícil encontrar otro historiador que le supere en el arte de saber componer los papeles que le conviene adoptar desde el punto de sus afecciones personales. Allega tantas pruebas, abunda en tantas referencias, son tantas las citas en que se apoya, que su opinión queda como inamovible. Nos aturde con antecedentes. Esta forma de pasión disimulada es, como ya lo hemos dicho, única en él. Cuando Lastarria, Amunátegui, Vicuña Mackenna y Sotomayor Valdés escriben con anhelos de justicia, rebosa en ellos la calidez del entusiasmo por un personaje o por una época. No saben ser imparciales, y a pesar de los esfuerzos que hacen para mantenerse en una línea de la más pura independencia, es indudable que dejan entrever sus afecciones.

Barros Arana concluyó imponiéndose como maestro de una escuela historiográfica, y también como conductor de la enseñanza nacional. Era ya entre los hombres de su tiempo una personalidad con relieve acentuadamente propio. Vivió más que todos los compañeros de su generación. Sepultó a casi todas las grandes figuras del magisterio. Sobrevivió a todos los historiadores de su tiempo, así en Chile como en América. Vió derrumbarse a todos los políticos que le combatieron, y él quedó, como sobrenadando en el naufragio de esas existencias, admirado, respetado, considerado por las generaciones que le sucedieron como una figura nacional por excelencia. Merecía esas distinciones el hombre que había hecho de la cátedra el más puro apostolado, cuya vida intelectual puede mostrarse como un alto ejemplo de probidad moral. Se le sabía patriota y desinteresado. Se le reconocía como individuo de purísimas convicciones. Calcúlese cuál sería, con estos antecedentes, la influencia de Barros Arana en las orientaciones de la enseñanza, y cómo sus admiradores impondrían los métodos de éste. Fiel, por lo demás, a la tradición de Bello, el historiador impuso hasta con exceso el método analítico. Formó críticos, si bien poco había que hacer para obtenerlos cuando la raza de suyo los producía. Sin embargo, él supo dirigir esa conformación de nuestra mentalidad en un sentido determinado, no por la cultura, que ella nunca ha tenido un alto sentido en Chile, sino por la ilustración, que es cosa diferente de aquélla.

La posición crítica ha sido la constante característica nacional. Y no sólo en el cultivo de las ciencias, sino en cualquiera manifestación espiritual del chileno. Desmenuzamos las ideas, los conceptos y las afir-

maciones. El prurito de la censura nos viene de esa condición, que en ciertas ocasiones parece virtud y en otras un gravísimo defecto. El afán de las sutilezas verbalistas, la tendencia a las opiniones rígidas sobre los hombres, de las cuales parece desprenderse casi siempre un sentimiento amargo de envidia, arranca, acaso, de esta manera de ser nuestra. Pertenece a nuestra psicología. Es el producto de un individualismo torpe, del espíritu bárbaramente selvático e independiente que nos domina. Juzgamos los hombres y las cosas a través de nuestra indómita pasión, con nuestros propios sentimientos, sin saber elevarnos por sobre los intereses personales o de círculo. Por eso chocamos. Y nuestras ansias de verdad se manifiestan en las formas primitivas del dicitario o de una amargura desenfrenada que ruge. Aguzamos el ingenio para ver todas las posibilidades; menos, precisamente, lo que nos interesa resolver. Por eso también nuestros historiadores, al restablecer la verdad, hicieron crítica de fuentes documentales y desentrañaron, con benedictina paciencia, todos los papeles de la historia nacional, arrancándolos a las bibliotecas y a los archivos de todo el mundo. Escribieron sin tasa ni medida, y con un desconocimiento del objeto de la historia que se nos antoja monstruoso. Cada uno tiró para su lado. ¿Qué sentido humano tiene ésta, nuestra historia, hecha por historiadores tan sabios? ¿Cómo han visto, en un cuadro de síntesis, nuestra misérrima evolución?

Nos faltan las grandes síntesis. En el plano de la historia de Chile se percibe, mejor que en ningún otro, la ausencia de una construcción orgánica y substantiva, sintética y esquemática, de lo que fuimos y ahora somos. Lo saben los eruditos a grandes trazos. El término medio de las gentes cultas, conforme a la escuela en que se han educado, está atiborrada de datos, fechas, nombres. Ignora la trama sociológica que ha ido anudando nuestros problemas, y nos ha hecho, al fin, un pueblo de tales y cuales características. Está en nuestros hábitos intelectuales, porque así nos formaron, odiar las síntesis, las grandes explicaciones que descubren la interpretación de nuestro fenómeno político-social. Siempre creemos que reducir a términos de síntesis histórica y sociológica nuestro pasado, es señal de un espíritu tropical y exaltado.

¿Hasta dónde debemos agradecer a Bello su enseñanza? ¿Hasta dónde a Barros Arana? He aquí una interrogación audaz. En cierto sen-

tido nos hicieron más mal que bien. Al hacernos despreciar la filosofía, nos apartaron del movimiento cultural del mundo. Quedamos a ciegas para competir con las ideas de los pueblos y de los hombres más organizados intelectualmente que nosotros. Por eso, la anarquía de ideas en que hoy nos debatimos. Al extremarnos en el método analítico, al cerrarnos el camino de la especulación y de la abstracción, nos llevaron a despreciar la base filosófica de toda cultura. Siempre se confundió la ilustración con la cultura. La ilustración no es nada si no se tiene una formación fuerte, sólida, poderosa, en lo que el Renacimiento llamó el humanismo. El sentido práctico de la enseñanza de esos dos grandes maestros, ha sido nuestra ruina moral a la larga. El profesionalismo nos inundó de viles apetitos. La Universidad se convirtió en fábrica espúrea de ideales, y allí se trizaron las grandes directivas de toda aspiración suprema, de toda idealidad superior. Y fuimos de tumbo en tumbo... A la carencia de una escuela intelectual con base filosófica, hay que añadir en la generación de ayer, de hoy y de mañana, una total ignorancia de la evolución de nuestra nacionalidad. Sabe poco de sus grandes hombres. Nada de sus virtudes. Desconoce las etapas porque ha cruzado el país, y si no ignora las grandes divisiones de su historia, no tiene la menor noción de lo fundamental en cada uno de esos períodos clásicos y artificiosos. He aquí por qué, en el sentimiento de rebelión de la juventud actual, atiborrada del pensamiento social contemporáneo, se puede escuchar la renegación de la patria, que desconoce; y por qué ha roto con el pasado, que ignora y no comprende. Así se ha lanzado, sin solución de continuidad, en el hallazgo de una fórmula nueva de cultura, como si ésta pudiera encontrarse de un momento a otro, tal cual el químico que descubre, después de una combinación de sales, un novísimo producto.

Uno quisiera proclamar el fracaso rotundo de los historiadores chilenos como maestros y orientadores de la cultura histórica. Fueron incapaces de desenvolver el sentido de la vida del pasado, por más que ese pasado esté encerrado en limitaciones bien estrechas. Arrastrado en la carrera loca de la investigación puramente erudita, que vino a convertirse, al fin, en una especie de manía por desentrañar papeles inéditos, no nos dejaron conocer lo que éramos para explicarnos nuestra formación de pueblo, nuestra condición de raza. Y en pocos países

de América se ha escrito más historia que en Chile, y se ha exaltado más el patriotismo. Se ha exagerado nuestra grandeza. Nos han hecho creer que somos un pueblo superior. Nuestras virtudes aparecen dominando, avasalladoras, sobre las lacras de nuestros vicios. No nos dejaron ver nuestros defectos; y el orgullo, el heroísmo, el desprecio, han adquirido las proporciones de una elephantiasis. Pero la historia escrita por nuestros mejores historiadores, sólo sirvió siempre para fortalecer las pretensiones de una casta y asegurar su posición. No rozó la epidermis del gran pueblo. La misma oligarquía chilena, de la cual salieron los más aventajados maestros de la composición histórica, no puede decirse que los leyera con ánimo de buscar en ellos, en sus páginas, una enseñanza. Se complacía en encontrar reflejada en esos libros las altas glorias de sus antepasados. El espíritu de clase de nuestra sociabilidad todavía discute apasionada el carrerismo y el o'higginismo, el montt-varismo y el balmacedismo. No polemiza por los ideales políticos o sociales que esos caudillos sostuvieron. Les interesa más saber que se les recuerda como hombres que cubren de gloria una familia o una dinastía de familias. . . Y el orgullo de la tribu se hincha.

La historia nacional no desprendió enseñanzas, ni el chileno fué capaz de arrancarlas de sus copiosos anales. Hecha por sabios, fué escrita para sabios, para individuos especializados. Trabajada por eruditos, los volúmenes fueron amontonándose en las bibliotecas para solaz de ratones de bibliotecas. No se pensó en el grueso del pueblo. Se ignoró la existencia de una clase intermedia, a la cual, mejor que a ninguna otra, convenía conocer nuestra evolución en todos sus aspectos.

A Barros Arana le alcanzan estos reparos. El, como discípulo de Bello y continuador de su tradición en el arte de escribir la historia, formó escuela y mejoró el sistema. No parecen sino escritas para el Maestro chileno estas palabras de Edmundo González Blanco cuando dice, hablando de la labor histórica de Voltaire, estas palabras: "No se puede negar, sin contradecir las enseñanzas más netas de la erudición, que los hombres del siglo XVIII fueron investigadores de iniciativa inmensa, cultivadores celosos del saber analítico, y grandes obreros en la composición de la historia. Su mentalidad crítica, o más bien, la forma o manera de manifestarse, ha dado lugar a censuras o desdenes; pero en la realidad de su entusiasmo por las empresas históricas y en la novedad del rumbo que a tales empresas imprimie-

ron, no cabe la menor duda; y en ello están contestes todos, así los amigos como los enemigos del siglo XVIII. Y esta opinión viene, además, afirmada y acreditada por el hecho de que la afición desmedida a los estudios históricos y el cambio más radical de orientación de dichos estudios coincidían con la época en que Europa perdía por completo la conciencia de lo sobrenatural y miraba como fanática y supersticiosa la religión reinante. El dogmatismo que esta religión había impuesto al género humano no había permitido a la historia hacerse filosófica más que en una forma teológica, forma que fué, dentro de la cultura cristiana, el equivalente de las arengas y de los grandes cuadros de composición de los historiadores gentiles, y que, con sus abusos oratorios y sus síntesis providencialistas o monomarcólotras, dejaba en el más absoluto olvido todas las actividades humanas distintas de la política y de la guerra. En el siglo XVIII, la política y la guerra descendieron desde el puesto más elevado hasta el más bajo entre los objetos que ocupan la atención del historiador, y se dió de mano al método detallista de los *cronistas* medioevales, de los *gaceteros* posteriores y de los hombres de estado que escribían los *Anales* de sus historias respectivas, sin crítica, sin espíritu filosófico, sin noción de orden, sin pensamiento que les dirigiese, mezclando lo sagrado con lo profano, lo edificante con lo verdadero, lo real con lo fabuloso. Por primera vez se intentó escribir una historia que hablase a la inteligencia, no a la curiosidad ni a la fantasía. Por primera vez comenzó a tratarse en las historias, no de reinados y de batallas, sino de comercio, de industrias, de artes, de literatura y hasta de usos familiares o domésticos. Por primera vez se dieron pinturas de las costumbres, de las leyes y de las ideas, e informaciones sobre el origen y los cambios de las instituciones sociales” (3).

Exacto. Es eso lo que hizo Barros Arana al mejorar el sistema recomendado por Bello para escribir la historia. Su actitud oscila entre la tendencia erudita, que le domina casi por completo, y la que podríamos llamar, si se nos permite la expresión, cultural. “Cuando Voltaire requería una *Filosofía de la Historia*—escribe Schneider—una consideración filosófica de la Historia, su oposición a la ciencia

---

(3) Edmundo González Blanco.—Voltaire (Su biografía.—Su característica.—Su labor). Editorial América. Madrid. pp. 166-167.

de la Historia de los eruditos especialistas de su tiempo, se proponía poner unidad y coherencia en el material histórico todo (*Historia del mundo y del hombre*), abrir nuevos campos a la investigación (*Historia de la cultura. Psicología de los pueblos*), poner el saber histórico al servicio de la ilustración de la Humanidad (*propagar conocimientos cívicamente útiles y conducentes a la obtención de un Estado racional*), y, además de todo esto, deleitar el espíritu. La Historia erudita se le aparecía como un caos incoherente de hombres y números, o como una fragmentaria visión enfocada dinásticamente, y como mero ornato para políticos de antigua escuela y dilettantis, labor bárbara y fastidiosa. Por eso los historiadores eruditos de su tiempo objetaron a su nueva ciencia de la Historia, que ésta se salía del terreno en el cual pudiera adquirirse un conocimiento seguro, que despreciaba resultados comprobados y necesarios de la ciencia, sin los cuales no podía sostenerse ni propagarse ninguna soberanía, por lo cual resultaba superficial y, por lo tanto, cosa de mero pasatiempo" (4).

Casi toda la obra histórica de Barros Arana queda circunscrita a lo que se ha llamado, por los tratadistas de esta ciencia, operaciones analíticas; o sea, ha dedicado una parte considerable de su inteligencia a establecer las condiciones generales del conocimiento histórico en la historia nacional. El procedimiento que ha empleado no ha sido otro que el de la crítica interna y externa, llamada también crítica de erudición. En esta labor de amplificación, que excluye sistemáticamente la síntesis por contraponérsele de un modo absoluto, ha sido un maestro imponderable. Ha recorrido pacientemente todos los grados en que ella se divide: la crítica externa o de erudición, que ya dijimos, o sea, de restitución, de procedencia, de clasificación de las fuentes; la crítica interna, llamada también de interpretación, la interna de negativa de sinceridad y de exactitud y la de determinación de los sucesos o hechos particulares. En realidad, ningún historiador chileno de su tiempo, ni el mismo Amunátegui, desarrolló una labor analítica en nuestra historiografía semejante a la suya. Pero

---

(4) Hermann Schneider.—*Filosofía de la Historia*. Traducción directa del alemán, por José Rovira y Armengal. Colección Labor. Nos. 301-302. 1931, pp. 205 y sigs.

ella le era imprescindible para la tarea que se había propuesto abordar, y que debía comenzar a llevar a efecto en plena madurez intelectual. Se comprende que nos estamos refiriendo aquí a la *Historia General de Chile*. Y es digna de anotarse esta circunstancia porque rara vez un historiador ha desempeñado al mismo tiempo funciones que parecen excluirse. En la tarea de depuración de los materiales para llegar a escribir después la historia, se han agotado las más fuertes voluntades y se han detenido las inteligencias más poderosas. Siempre se recuerda el caso de Menéndez Pelayo. No era otro su afán que llegar a publicar una historia crítica de la cultura y de las letras españolas. Al desenmarañar el bosque de la maleza, al estudiar los puntos oscuros que se presentaban en la investigación, fué alejándose más y más del objeto de su aspiración suprema. Al preparar el terreno, debió entrar previamente a discutir y estudiar una larga serie de temas o cuestiones que hoy son monografías acabadísimas, tratados definitivos de asuntos que necesariamente debían caber en su proyectada historia de las letras y cultura españolas. En el siglo XVIII, otro humanista de origen valenciano, el célebre historiógrafo Juan Bautista Muñoz, después de haber peregrinado siete años por los archivos y bibliotecas de la península colectando materiales para escribir su *Historia del Nuevo Mundo*, caía herido de muerte ante la inmensidad de la tarea que se había impuesto, y legaba a las letras castellanas y a la historiografía americana, el primer tomo de una obra que, al haberla llevado a feliz término, habría sido honra de su patria. El que vió la luz es sólo un elegante tomo de composición literaria. No es necesario salir del campo de nuestra literatura para encontrar ejemplos parecidos a los recordados. ¿No aspiró Vicuña Mackenna a componer también una historia de Chile? ¿No fué ésta la gran aspiración de Medina? Sin embargo, lo que en Barros Arana fué un triunfo de la constancia, del método y de la inteligencia, en estos otros dos historiadores fué nada más que un proyecto malogrado, perdido en el campo de la pura erudición o de la literatura.

Secciones, pues, de las más numerosas e importantes forman en el conjunto de las *Obras Completas* de Barros Arana, las relativas a las cuestiones de erudición y de alta crítica. La *Historia General*, por otra parte, es un tratado perfecto de lo que podríamos llamar un verdadero

magisterio en esta clase de estudios. Las notas de ese libro son de tal manera nutridas de asuntos de crítica documental, de crítica de fuentes; son tan maravillosamente sabias en lo que respecta a la heurística y a la hermenéutica; son tan primorosamente acabadas en lo que dice relación con la bibliografía y la historia literaria de América y de Chile, que desglosadas de ese libro fundamental y ordenadas con inteligente discreción, formarían un volumen digno de la firma del mejor erudito alemán de la segunda mitad del siglo XIX.

Toda su juventud fué empleada para la erudición. A los 20 años—había nacido en 1830—ya comienza a desenvolverse seriamente su afición a los estudios analíticos de historia nacional y americana. A los 24, inaugura la serie de historias generales. Es entonces, en 1854, cuando publica la *Historia General de la Independencia de Chile*. La composición y redacción de esa obra, de la más escrupulosa consulta, verdadera crónica diaria de los sucesos, escrita con dificultad, con afectada elegancia en su sencillez, que imita el tono severo de los historiadores latinos, le demandó cuatro años de labor, pues en 1858 publicaba el cuarto tomo. Las condiciones del escritor, del investigador y del historiador están fijadas en este libro, y de ellas no habría de desprenderse jamás; salvo, naturalmente, las modificaciones que una mayor cultura, una más fuerte ilustración y un dominio más expedito de la pluma, debían irle imponiendo después. Desde entonces datan también sus primeras preocupaciones por escribir la *Historia General de Chile*. Ni un solo día dejó pasar sin consagrarle siquiera algunas horas a la investigación de los puntos oscuros o dudosos que ella le va presentando. Los viajes que realizó por el viejo continente y por los países de América, estaban orientados hacia ese fin. A partir de 1858, en que concluye la *Historia de la Independencia*, hasta 1881, en que inicia la redacción del manuscrito del primero, segundo y tercer tomo de la *Historia General de Chile*, que aparecen al año siguiente, y desde 1884 y a partir de 1891, en que ha publicado once volúmenes, ha realizado Barros Arana todos los estudios preliminares que habían de servirle de antecedente para el monumento de erudición, de sabiduría, de crítica, de constancia intelectual y patriotismo que representa esa obra. Dos viajes a Europa por España, Francia, Inglaterra y Alemania, le procuran una riquísima biblioteca americana, y le permiten hurgar en las librerías públicas y en los ar-

chivos españoles los documentos para fundar las aseveraciones de su historia. Las incursiones por los países americanos: Argentina, Perú, Brasil, Uruguay, no tienen otro objeto, aun cuando en algunas ocasiones llevara la representación de su patria. Cuando está en Chile, labora permanentemente en los archivos y en las bibliotecas. Consulta a los testigos de los sucesos históricos, edita los libros inéditos de los primitivos cronistas, y escribe sobre materias que deberá tratar más tarde en su libro fundamental. Durante 53 años investiga. En el curso de ellos, sin embargo, ha ocupado cargos en la administración pública, en la enseñanza oficial y en las luchas de partido. Ha sido diarista en periódicos de oposición y de combate. Rector del Instituto Nacional, Profesor en el primer colegio de la República, Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, Diputado al Congreso Nacional, Ministro Plenipotenciario, director de revistas literarias, autor de textos didácticos, y descuella como hombre de principios enterísimos, de pasiones violentas e incontrastables. Ha sido, además en el correr de ese medio siglo, consejero de hombres públicos, inspirador, director y conductor de la política liberal del país (5).

Ninguna de estas preocupaciones logra distraerle ni un solo instante de la aspiración única de su vida. Y al mismo tiempo que esas actividades, en las cuales el ritmo del orden, del método y de la armonía más severamente espiritual presiden su existencia, Barros Arana parece llevar como por delante las últimas novedades de la alta

---

(5) No pueden entrar en este estudio los detalles biográficos de la vida de Barros Arana. El que quiera imponerse de ellos puede obtenerlos por boca del propio escritor en lo que él ha llamado *Mi Conclusión*, que se encuentra publicada en el tomo XVI de la *Historia General de Chile*. Especie de memorias íntimas de su vida literaria, escritas con una rara elegancia, cuando su autor, a fuerza de manejar la pluma en la *Historia General*, la había desenvuelto hasta tocar los lindes de la corrección y de la belleza, el crítico puede extraer de allí los más valiosos datos para reconstituir la psicología del historiador y analizar su extensa obra erudita. También pueden obtenerse valiosos datos en el libro de Ricardo Donoso y en el estudio de Luis Galdames, intitulado el primero *Barros Arana educador, historiador y hombre público*. Santiago, 1931; y el segundo, *Diego Barros Arana, Santiago, 1930*, publicado en el *Homenaje de la Universidad de Chile a don Diego Barros Arana en el centenario de su nacimiento*. En este mismo libro pueden consultarse el estudio de Domingo Amunátegui Solar y los nuestros intitulados *Dos aspectos de Barros Arana: Barros Arana erudito y bibliógrafo*, y *Barros Arana y la Biblioteca Nacional*.

cultura europea. Está al día en ciencias, en artes, en historia, en política, en geografía, en todos los conocimientos humanos, en fin, menos en filosofía, que no le interesa (6).

El caso de esta voluntad inquebrantable para el estudio, es mucho más original aun, cuando se sabe que fué Barros Arana un autodidacta. Un hombre que se formó solo. Poco le debió al colegio. Nada a la Universidad. Pero cuando cruzó los viejos claustros del Instituto Nacional, la enseñanza recibía una transformación total en 1843. El 25 de febrero de ese año—nos dirá el mismo Barros Arana—“fué dictado un nuevo plan de estudios secundarios que importó una reforma transcendental en la enseñanza pública. Ese plan fijaba un orden obligatorio de estudios, y comprendía, junto con el latín, la gramática castellana, el francés, la geografía, la cosmografía, la historia, las matemáticas elementales, la filosofía y la literatura. Recuerdo todavía, agrega, la impresión que produjo esta reforma entre los estudiantes y el mayor número de los padres de familia. Lamentaban la obligación de estudiar aquellos ramos que la ignorancia vulgar calificaba de innecesarios, como más tarde han calificado del mismo modo el estudio de la física, de la química y de la historia natural. Decíase generalmente que habiendo en Chile demasiados abogados, el gobierno había ideado esta innovación para reducir el número de los jóvenes que llegasen a la posesión de ese título”. Y hablando del curso que recibió esa enseñanza, del cual fué alumno, ha escrito: “Es curioso observar que hasta ahora no ha habido en Chile ningún curso del cual hayan salido tantos escritores más o menos sobresalientes. Baste recordar que junto con él (con Miguel Luis Amunátegui), estudiaron su hermano don Gregorio Víctor, don Eusebio Lillo, don Guillermo, don Alberto y don Joaquín Blest Gana, don Santiago Godoy, don Ramón Sotomayor Valdés, don Floridor Rojas, don Pío Varas, don Pedro Pablo Ortiz, don Ambrosio Montt, don Ignacio Zenteno, don Pedro León Gallo y varios otros que, aunque do-

---

(6) No afirmamos una cosa antojadiza. Por razón de nuestro cargo en la Biblioteca Nacional, donde desempeñamos la función de Conservador de la librería del historiador, nos correspondió, al instalarla en la sala que el Estado le destinó y que lleva su nombre, catalogarla y ubicarla. Pues bien, las obras de filosofía pura allí no existen, salvo aquellas de carácter de filosofía aplicada a la historia y a las ciencias, que es una cosa bien distinta de la primera.

tados de verdadera inteligencia, no han seguido más tarde una carrera propiamente literaria" (7). Entre estos nombres debe colocarse por cierto, en lugar prominente, el del propio Barros Arana. Durante nueve años recibió la enseñanza impartida en el primer colegio nacional por el polaco Domeyko y Antonio Varas. Abandonó las aulas secundarias en una plena adolescencia de primavera: a los 18 años. Ya entonces, al principiar los estudios de derecho en el mismo Instituto, afloró en él un mal grave. Sufrió de una debilidad general, que a su familia de rancia estirpe pelucona parecía más peligrosa por el recuerdo trágico de un hermano suyo, José, que pagó a esa misma edad un tributo temprano a la muerte, consumido por el mal de una tisis incruenta. El estudio no podía convenir a aquella naturaleza lisiada en flor. Hubo necesidad de substrarla a la preparación intelectual que ansiaba el padre—un hombre rico, comerciante y agricultor acaudalado, político que militaba en las huestes de la tribu conspicua y señorial del peluconismo, y que más culto que la generalidad de sus paisanos, en sus mocedades, en el exilio de los chilenos en Buenos Aires, después de Rancagua, abrió generoso su bolsa para ayudar las empresas editoras e industriales de Benavente y Gandarillas, y también para la publicación de los escritos del padre Camilo Henríquez. (Después, cuando su hijo muestre una vocación irrefrenable por la lectura, será el mecenas que satisfaga sin reservas la pasión del muchacho).

He aquí cómo Barros Arana sólo recibió una cultura media en su juventud. No alcanzó los grados de la enseñanza secundaria ni los de la universitaria. En latín fué el único ramo en que obtuvo una honrosa distinción; en filosofía, en matemáticas, en gramática, en historia, no alcanzó ninguna, aunque figura en los libros del Instituto como alumno aprovechado. A partir de su retiro de los claustros institutanos se formará el auto-didacta. Lo que debe a su esfuerzo como lector incomparable, provendrá de su tenacidad vasca, y las peculiaridades psicológicas de tal antecedente racial, se impondrán impertérritas en sus concepciones políticas, sociales, morales e intelectuales. Darán el tono de su obra literaria y el criterio de su sentido histórico.

---

(7) Barros Arana.—Don Miguel Luis Amunátegui. París, 1889, pp. 7-8.

No lleva un año todavía ausente de las aulas cuando se inicia en la vida literaria santiaguina, reducida y carente de interés. Se hace traductor de novelas históricas francesas, tales como el *Piquillo Aliaga*, de Eugenio Scribe; *El Caballero D'Harmental*, de Alejandro Dumas; y la *Historia de treinta horas o revolución de febrero de 1848*, suscrita por Pierre et Paul, que entrega a los folletines de la ciudad del Mapocho y en los que ha colaborado con su hermano José, muerto, precisamente, al año siguiente en que aparecen esas publicaciones, en 1849.

Y como si un sino especial siguiera imperando en la orientación intelectual que emanaba de Bello, Barros Arana fué fiel a la doctrina de aquél hasta en la manera de iniciarse en la vida literaria. ¿No había dicho y repetido el venerable Rector de la Universidad, que una de las mejores formas de prepararse en el dominio de la lengua, en el arte literario y en la comprensión de la belleza estética para los jóvenes, era la traducción de las grandes obras clásicas del pensamiento, sobre todo de las que legó el genio latino? Los escritores de esa época y los anteriores a ella, que recibieron la influencia del traductor del *Orlando Enamorado*, procedieron así. ¿No basta recordar el caso de Sanfuentes, de Amunátegui, de García Reyes, de Lastarria, de Guillermo Blest Gana, Blanco Cuartín y tantos otros, para probarlo?

Lo que va a despertar su vocación son sus lecturas históricas durante la estancia campesina. Llevado a la hacienda paterna para reponer su constitución débil y enfermiza, que a los suyos se antojaba trizada y en peligro de muerte, en los amplios y soleados cuartos de la casa colonial, arrumados en los anaqueles de la cuadra, el joven Barros Arana encontrará los volúmenes de la *Historia Física y Política de Chile*, de Claudio Gay. Ellas entretendrán sus horas de soledad; le servirán para descubrir el imperativo de su alma hasta que, unido a Antonio García Reyes, erudito, a la vez que abogado y político, sea él quien le sirva de guía en sus lecturas históricas nacionales, y lo impulse a la investigación de los hechos. Ese será su conductor.

Nadie estaba en mejores condiciones que Barros Arana para lanzarse en ese campo de estudios y disciplinas. Su padre tenía fortuna. Fué el primero en avivar su curiosidad intelectual y quien supo despertar las inquietudes de su espíritu. Le obsequió con libros, le adquirió aquellos de historia americana que la suerte para él, y la

desdicha para otros, echó a la subasta pública. Y como en materias de orientación intelectual, a medida que se ahonda en ella, la visión se extiende sobre un horizonte cada vez más amplio, surgió la necesidad de los libros europeos que el celo paternal no negó por cierto, poniéndolo al punto en relación con los mercados del viejo continente.

Lo tenía todo. ¿Qué más podía desear? El rango, la situación social, la fortuna, le darían más tarde la consideración que esas condiciones, y las de sus preocupaciones por las letras, habrían de otorgarle. Podía dedicarse al estudio sin interrogarse por la suerte de mañana. Luego sería heredero de una parte cuantiosa de los bienes de su padre. Jamás los apremios habrían de llamar a su puerta. La misma posición social de su ascendencia le van a servir para indagar en las mejores fuentes del testimonio personal, la trama de los hechos históricos, la crónica anecdótica que revela los caracteres en sus esenciales cualidades, aquello que flota como tradición y que la historia acartonada y fría que hicieron nuestros historiadores, no quiso recoger, con excepción de Vicuña Mackenna.

El padre tuvo larga figuración política y sus relaciones fueron siempre de aquellas que dan tono al abolengo heredado. Había sido íntimo amigo de O'Higgins, conoció a los Carrera, sirvió lealmente a Portales, y fué ardiente partidario de Montt. Por la esencia de su aristocracia rural, todavía cercana a la luz que irradiaba la encomienda, su sentimiento vasco, en el que entraba en mucho el concepto del orden, de la libertad dentro del orden, se plegó en la revolución de 1829 al bando que derribó al pipiolismo. Luego se hizo partidario decidido de Portales, y con su esfuerzo afianzó su concepción sociológica respecto de la función del Estado. Fué constituyente en 1833. Los que impusieron la carta de ese año, no hicieron más que implantar el buen sentido político en Chile. Al restaurar la tradición jurídica y social del Estado, tal como la concibió la monarquía española, que la revolución de la independencia hizo zozobrar, tuvieron el buen cuidado de cambiar la etiqueta monárquica por la republicana. Volvieron las jerarquías sociales. La Constitución de 1833 era más bien apta para una monarquía constitucional, a medias, que para una república verdaderamente democrática. Quedó allí consagrada la omnipotencia del Ejecutivo que gobernaría sin contrapeso, y desde en-

tonces también, en la práctica, el gobierno tomó la representación paternal de la ciudadanía analfabeta, aquella ciudadanía que el Gobierno debía amparar y educar para incorporarla lentamente al ejercicio de una democracia, que fuese nivelando las diferencias sociales que legara el régimen colonial con sus escalas jerárquicas. El aristocratismo de la política chilena en una larga etapa de noventa años (1830-1920), no quiso la realización paulatina y total de esa aspiración del peluconismo ilustrado. Pero éste tuvo la visión de que, a la larga, si así no se procedía, tendría que luchar con una muchedumbre fuerte y desenfrenada en sus apetitos y en sus odios.

Barros Arana, pelucón primero, liberal anticlerical después, creyente convencido en las bondades del régimen republicano, no tuvo nunca fe en el sentido de la democracia. Su expresión igualitaria le parecía demagógica. Profesaba la doctrina jerárquica. Su formación ideológica se siente inficionada por el pensamiento de los hombres de 1833. Así como carece de una filosofía, en política carece de doctrina, y no siente sino desprecio por las masas y las muchedumbres, por lo menos desinterés, pues no manifestó jamás una preocupación por ellas. Le son indiferentes. No es raro que fuera así. El carácter objetivo de los estudios históricos le hizo mirar con frialdad las abstracciones políticas. Las imaginaba peligrosas. Su credo liberal miraba hacia el constitucionalismo, que sólo requiere la sucesión regular del poder. Siente profundo el respeto por la libertad, a la que se encuentra fuertemente adherido por un individualismo excesivo. Vigila el poder. No quiere que invada los derechos de nadie. Está en alerta constante de sus actos. Odia las tiranías, aun aquellas que fueron—raro caso—fructuosas en la historia. Es, antes que nada, un ciudadano libre. Liberal, pero sin el teoricismo que pide toda escuela política. Cuando Courcelle Seneuil, el célebre profesor de economía política de la Universidad de Chile, se haga su amigo, el liberalismo de Barros Arana también se acentuará en el orden social individualista, en el concepto de la libertad industrial y comercial, que lo tornará libre cambista, y en la aspiración de un Estado de atribuciones limitadas a funciones policíacas que no entrase el desarrollo de la personalidad. Sus ideas políticas, entonces, tomarán más consistencia. Pero en una cosa no cederá jamás: en la libertad de enseñanza. En este punto contrariará su propia escuela liberal. Comprende que la

libertad de enseñanza, de la cual él fué víctima por las intolerancias del conservantismo clerical, se aprovecharía de ella para contener el desarrollo de la inteligencia en las especulaciones de la ciencia, y convertir los espíritus en retrógrados y limitados en los bordes de un escolasticismo teológico. Nuestra generación le debe ese servicio.

Los antecedentes del autodidacta que fué Barros Arana, y de sus puntos de vista en el orden político, ¿nos pueden permitir fijar mejor su concepción historiográfica? Hasta cierto punto. En la elaboración de ésta, después de la influencia de Bello, hay mucho de personal en la manera de llevarla a la realidad. A los veinte años ha emprendido, guiado por Antonio García Reyes, su primer ensayo histórico. Ahí, por cierto, no hay nada más que escrupulosidad de cronista. En el *Vicente Benavides y las campañas del Sur*, escrito con dificultad, con un estilo indeciso y poco seguro, una cosa sorprende: el método de la investigación documental. La acuciosidad que se manifiesta en la abundancia de detalles, en la depuración de las fuentes, ya nos revelan la envergadura del historiador futuro. Los primeros indicios de una concepción historiográfica no se nos van a revelar hasta la publicación de la primera historia general, dada a luz, como ya dijimos, a los veinticuatro años, en 1854. Hablamos de la *Historia General de la Independencia de Chile*. En el prólogo de ese libro ha escrito: "Mi plan se reduce únicamente a escribir todos los sucesos de alguna importancia para el desarrollo de la idea de la independencia, hasta su definitivo afianzamiento, con la mayor exactitud posible, y con el gran acopio de pormenores y detalles que he podido adquirir después de prolijas investigaciones y de incesantes afanes.

"Es, en efecto, el sistema narrativo el que más conviene a una obra de esta especie. Cuando se abre la posteridad para los fundadores de la independencia, no es llegado el tiempo de juzgar sus obras sino por el interés de la época. Simples narradores, los cronistas de la presente generación debemos recopilar todas las noticias posibles que ilustren a los historiadores futuros para que puedan dar su fallo con acierto. Mucho habremos conseguido, si dando con el pie a las preocupaciones de partido, si comprendiendo bien el espíritu que dictó los pasquines y panegíricos del momento, logramos desentrañar la verdad y ponerla de manifiesto.

"Por este principio he economizado cuanto he podido los juicios

generales acerca de los sucesos que narro, tanto más cuanto que nada le importa al lector lo que yo pienso de ellos. Los hechos hablan más alto que esas conclusiones muchas veces vagas e inexactas...

"Sin interés de ninguna especie, sin relaciones inmediatas de familia con ninguno de los hombres que figuraron en primera línea en la revolución, escribo con la convicción de mi independencia de extrañas sugerencias. En mis páginas no hay adulo ni rencor: narro los hechos como los concibo en vista de los documentos auténticos que he tenido a la mano. Si, por desgracia, ellos no halagan a todo el mundo, me cabe la satisfacción de haber escrito sin odio ni temor...

"Esta prescindencia de todo juicio no me ha impedido desaprobarme fuertemente lo que en conciencia hallo injustificable, y ensalzar la virtud sin recurrir a esos matices con que suele disfrazarse a la verdad. La historia es también el castigo de los grandes crímenes y el premio de las grandes virtudes..." (8).

Todo eso está bien, y es como una prueba de la honradez del autor. Sin embargo, como suele decirse, en las mismas bondades de la obra encontramos sus defectos. Son éstos de carácter externo y a ellos debemos referirnos. La excesiva minuciosidad en los detalles de la crónica política, militar y social, se disgregan demasiado, y es por esto que falta unidad en el pensamiento del autor para coordinar convenientemente los sucesos. Es esto lo que hace fatigosa hasta el exceso aquella historia sin la menor emoción humana, y en la que los sucesos mismos no toman siempre el valor de su importancia. Domingo Arteaga Alemparte tenía razón cuando decía: "Este libro, lectura ingrata, ingrata por la aridez de sus prolijas narraciones, se recomienda por el gran caudal de noticias que encierra, recogidas no sólo de los documentos impresos y manuscritos, sino también de boca de los actores que a la sazón sobreviven al drama de nuestra emancipación. Recomiéndase todavía por el amor a la verdad y el imparcial criterio que han presidido de ordinario a las investigaciones del historiador. Todo el que quiera estudiar nuestra historia, no puede dispensarse de acudir a un libro que, si se lee a veces con fatiga, se lee siempre con pro-

---

(8) Diego Barros Arana.—*Historia General de la Independencia de Chile*. T. I., pp. I, II y III. Santiago, 1854.

vecho. Como crónica y repertorio de informaciones históricas, es una obra capital de nuestra historia" (9).

Excesiva la última frase de este juicio. El de Vicuña Mackenna también rebalsó los límites del elogio cuando lo llamó "libro notable por la claridad y el método con que están relacionados los hechos, y por la verdad con que están expuestos" (10). Sin embargo, sería el mismo Barros Arana quien habría de llamar a su obra, con toda justeza, con el epíteto de *muy imperfecta*. Pero, para el historiador, la imperfección no provenía de la forma literaria ni del pensamiento con que los sucesos están expuestos. Su observación iba al método analítico empleado, que le parecía mal por el descuido con que lo había aplicado al desenvolver algunos puntos de la investigación documental. Así y todo, la base del sistema que habría de perfeccionar después, está en las páginas de la *Historia de la Independencia de Chile*. Toda su obra histórica posterior es la amplificación del análisis documental, para hacerlo servir de eje a la empresa capital de su vida. Su papel de historiador se le impone con una conciencia enorme en el dominio de la cultura científica. Si labora prodigiosamente en la documentación, no concibe su misión sin una base en todas las ciencias, y es por eso que estudia, no ya la geografía, que considera complemento de su especialidad, sino también la botánica, la zoología, la historia natural, en fin, todos los conocimientos humanos. La *Historia General* aspira a que sea un tratado completo de la ilustración moderna en el sentido de los conocimientos (11).

---

(9) Justo y Domingo Arteaga Alemparte.—Constituyentes de 1870. Bibl. de Escritores de Chile. Santiago, 1910, pp. 418.

(10) Benjamín Vicuña Mackenna.—Prólogo a la *Historia General de la República de Chile*. 1865.

(11) Véase a este respecto la lista de sus trabajos históricos a partir de 1858, en que ya asoma el proyecto de la *Historia General*, hasta el año 1884. La lista que incluimos aquí está tomada de la bibliografía de Barros Arana en el libro ya citado de Ricardo Donoso. Es la siguiente:

Año 1858: El general don José Manuel Borgoño.—El general don Francisco Antonio Pinto.—Don Victorino Garrido.—Fray Melchor Martínez.—Don José Joaquín Vallejos.

Año 1860: Noticias biográficas sobre el abate Molina.—El general don Joaquín Prieto.

Año 1861: Los cronistas de Indias.—Francisco Caro de Torres.—Cuadro Histórico de la Administración Montt.—Introducción al *Puren indómito* del capitán don Fernando Alvarez Toledo.

Año 1862: Manuscritos relativos a Chile, existentes en la Biblioteca Na-

Ella le demandará más de medio siglo en prepararla, hasta terminar con el último volumen de la *Historia General de Chile*, en 1902, a los setenta y dos años. Demorará dieciocho en escribirla. Será iniciada la redacción en 1882, cuando cuenta con cincuenta y dos años, y no pasará un día de su existencia sin que escriba una página. "En este largo período — dice con digno orgullo — he tenido que pasar

---

cional de Madrid.—Juicio crítico sobre la obra escrita por don Antonio de Alcedo con el título de *Diccionario Geográfico e Histórico de las Indias Occidentales*.—La *Historia de la Administración Montt*, por B. Vicuña Mackenna.

Año 1863: *Historia Nacional*.—Colección de *Historiadores de Chile* y de documentos relativos a la historia nacional.—Don Francisco Núñez de Pineda y Bascañán y el *Cautiverio Feliz*.

Año 1864: Luis Alvarez de Toledo. El doctor Suárez de Figueroa.—Santiago de Tesillo.—Vida y viajes de Hernando de Magallanes.

Año 1865: *Compendio de historia de América: Partes I y II. América indígena. Descubrimiento y Conquista*.—*Compendio de Historia de América: Partes III y IV. La Colonia. La revolución*.—*Compendio elemental de historia de América*.

Año 1866: *Elogio del señor don Andrés Bello*.

Año 1867: *Don Manuel Antonio Tocornal*.

Año 1869: *Importante documento sobre la expulsión de los jesuitas en 1767*.

Año 1871: *Diario del viaje y navegación hechos por el padre José García, de la Compañía de Jesús, desde su misión de Cailín en Chiloé, hacia el sur, en los años 1766 y 1767*.

Año 1872: *La carta geográfica de Chile*.—*Historiadores de América: don Mariano Torrente*.—*La monja alférez: algunas observaciones críticas sobre su historia: noticias desconocidas acerca de su muerte*.—*El primer cónsul extranjero en Chile*.—*Apuntes para la historia del arte de imprimir en América*.—Don José Miguel Carrera: un capítulo para su biografía.—*Las riquezas de los antiguos jesuitas de Chile*.

Año 1873: *El proceso de Pedro de Valdivia*.—*Historiadores de Chile:—Alonso González Nájera*.—*Importancia de los documentos históricos*.—Inés Suárez y doña Marina Ortiz de Gaete.—Una nueva edición de *La Araucana* y una nueva biografía de *Ercilla. La Crónica del Perú*, por Pedro Cieza de León.—*Los socios de Pedro de Valdivia. Francisco Martínez y Pedro Sancho de Hoz*. (Según documentos enteramente inéditos).—*Pedro de Valdivia antes de venir a Chile*.—Don Andrés González Barcia.—*Cómo obtuvo Valdivia el título de gobernador de Chile*.—*Notas biográficas acerca de algunos de los generales españoles de la independencia que combatieron contra la independencia de América*.—*Colección de documentos inéditos relativos a la historia de América: Vida de Alonso Henríquez de Guzmán*.

Año 1874: *Pedro de Valdivia y otros documentos inéditos concernientes a este conquistador*.—*Los antiguos habitantes de Chile*.—*La erudición de don Andrés Bello*.—*Biografía del jesuita Miguel de Olivares, autor de la Historia de la Compañía de Jesús de Chile*.

Año 1875: *Geografía etnográfica: apuntes sobre la etnografía de Chile*.—*El clero en la revolución de la independencia americana. (Primera parte)*.—*La acción del clero en la revolución de la independencia americana (Segunda parte)*.—*Historiadores de Chile:—Don José Pérez García. Don Clau-*

por peripecias que parecían inhabilitarme para todo trabajo; he experimentado dolorosas desgracias de familia que me agobiaron penosamente, y que debieron doblegar mi espíritu para siempre, y me he visto obligado a prestar una atención sostenida, y casi podría decir absoluta, a trabajos trascendentales que me tenía encomendados el Gobierno. Sin embargo, con la sola excepción de algunas semanas en que estuve postrado por dos distintas enfermedades, durante esos

dio Gay, su obra: 1) Los precursores de Gay. Dauxion Lavaysee, Backler D'Albe y Lozier; 2) Antecedentes biográficos de Gay; su primer viaje a Chile; 3) Don Claudio Gay y su obra; segundo viaje de Gay a Chile. Exploración del territorio chileno; 4) Gay y sus colaboradores; preparación y publicación de la *Historia física y política de Chile*; 5) Juicios diversos de la *Historia Natural de Chile*. Gay es elegido miembro del Instituto de Francia. Sus últimos años y su muerte.—Recuerdos históricos: un general polaco al servicio de Chile.—La desobediencia del general San Martín.—Relación de gobierno que dejó el señor Marqués de Avilés, Presidente de Chile, a su sucesor el señor don Joaquín del Pino (1796-1797).

Año 1876: Un bando de buen gobierno para la ciudad de Concepción.—El entierro de los muertos en la época colonial.—Historiadores argentinos. El general don Bartolomé Mitre.—El centenario de O'Higgins.—Don Francisco de Meneses Bravo de Saravia.

La interrupción de la labor histórica entre los años 1877 y 1880, corresponde a un viaje de Barros Arana a Europa.

Año 1881: Bibliografía de las obras de don Juan Ignacio Molina.

Año 1882: Notas para una bibliografía de obras anónimas y pseudónimas sobre la historia, geografía y la literatura de América.

Año 1883: Rasgos biográficos de don Melchor de Santiago Concha.

Año 1884: Los fueguinos.—El historiador más antiguo de Chile: Don Alonso de Ercilla y Zúñiga.—Los antiguos cronistas de Chile: Góngora Marmolejo. Mariño de Lobera. Pedro de Oña. El doctor Suárez de Figueroa.—*Historia General de Chile*. Tomo I y Tomo II.

Ni más ni menos. Habría que añadir la serie de relaciones documentales que Barros Arana dió a conocer en los periódicos y de los cuales hubo de aprovecharse muy a menudo, tanto para la *Historia de la Independencia* como para la *General de Chile*. Vale la pena citarlos por su importancia. Son los siguientes, aparecidos en el diario opositor a la política del decenio del gobierno de Montt, *El País: Epocas y hechos memorables de Chile*, de don Juan Egaña.—*Diario de Argomedo*.—Memoria sobre los antecedentes y progresos de la revolución de Chile, de Talavera.—Relación de la conducta observada por los padres misioneros del Colegio de Propaganda Fide de la ciudad de Chillán, desde el año 1808 hasta fines del pasado 1814.—Carta del gobernador de Talcahuano, don Rafael de la Sota sobre el desembarco de Pareja.—Apuntes sobre la guerra de Chile, por don Antonio Quintanilla.—Diario de las operaciones militares de la división auxiliar mandada por el coronel don Juan Mackenna, desde el 19 de diciembre de 1813 hasta el 3 de mayo de 1814, por el capitán Nicolás García.—Diarios de las ocurrencias del ejército de la patria que lleva el mayor general don Francisco Calderón y da principio el día 14 de marzo de 1814.—Diario de las ocurrencias que tuvieron lugar en la defensa de Talca en mayo de 1814 hasta su ocupación por los realistas.—Diario de las operaciones de la división que a las órdenes del te-

dieciocho años casi no he dejado pasar un solo día en que no haya escrito, a lo menos, una página de la *Historia*. Este trabajo incesante, que podría parecer en exceso monótono y abrumador, ha sido para mí el más grato de los pasatiempos, el alivio de grandes pesares, y casi podría decir el descanso de muchas y muy penosas fatigas. Al dar fin a mi tarea sentí, más que el contento por ver realizados mis propósitos, una impresión de tristeza que en circunstancias análogas han experimentado otros autores al abandonar una ocupación que había llegado a ser una necesidad en la vida" (12).

La concepción del plan del monumento que iba a levantar a su pueblo, debió ser meditado con larga y serena tranquilidad. El sistema que había de emplear, lo mismo. "La historia general de una

niente coronel don Manuel Blanco Cicerón salió de la capital de Chile para reemplazar a la ciudad de Talca.—Relación de todas las ocurrencias de la campaña de marzo a abril de 1818 hasta la batalla de Maipo.—Tratados de Lircay (abril y mayo de 1914): Fragmentos de un diario de O'Higgins. Recuerdos históricos de don Tomás Guido.

No se citan aquí, por de contado, otro género de papeles de menor importancia que el mismo Barros Arana contribuyó a publicar, ni tampoco hay para qué mencionar los que guardaba en su riquísimo archivo. Pero ya entonces el conocimiento ordenado de la historia nacional, desde el punto de vista erudito había avanzado considerablemente. Aunque bastante deficiente como investigación, la *Historia Física y Política de Chile*, de Claudio Gay, en lo relativo al descubrimiento, conquista, y colonia, presentaba un cuadro general de este período y había publicado dos volúmenes de documentos de gran valer. Vicuña Mackenna había dado a luz la grande *Historia General de Chile* del jesuita Diego Rosales, y este mismo editor había publicado en 1865, con eruditas notas documentales, la *Historia de la República de Chile*, compuesta de las memorias universitarias, las cuales aparecen suscritas por Lastarria, Benavente, Tocornal, García Reyes, Amunátegui, Errázuriz, Concha y Toro, Vicuña Mackenna, Santa María, Sanfuentes y el propio Barros Arana. En 1860 había aparecido la Colección de *Historiadores de Chile y de Documentos relativos a la Historia Nacional*, de la cual, hasta 1884, habíanse dado a luz once volúmenes, que el mismo Barros Arana contribuyó a publicar. Además, Vicuña Mackenna, Amunátegui, Sotomayor, Valdés, Medina, Crescente Errázuriz y Bulnes, habían ya contribuido con estudios históricos especiales a la depuración de algunos períodos de la vida nacional poco conocidos.

Fuera de la bibliografía de Barros Arana, que se encuentra en el libro de Donoso, de donde hemos tomado la lista anterior de sus escritos históricos, el lector, si lo desea, puede consultar las siguientes: la de Víctor M. Chiappa, publicada en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 1930, reproducida también en el *Homenaje de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía a D. D. B. A.*, 1930, y la de don Emilio Vaissé en la *Bibliografía General de Chile*, tomo I, 1915.

(12) Barros Arana.—*Historia General de Chile*. T. XVI, p. 380, 1902. Santiago.

nación—dice en el prólogo—por corta que sea la vida política que ésta ha tenido, exige una extensa y prolija investigación sobre las más variadas materias. Una historia de esta clase no puede ser la obra de un solo hombre, a menos que existan abundantes estudios parciales que hayan preparado una parte considerable del trabajo de investigación y de esclarecimiento fundamental de los hechos. Aunque, como ya he dicho, no faltan ensayos de esta clase acerca de la historia chilena, son todavía poco numerosos y no tratan más que algunos de los múltiples asuntos que deben figurar en una historia general.

“Pero, aun contando con esos trabajos preparatorios, la composición de una obra de la naturaleza de la presente, habría desalentado a quien hubiese acometido esta empresa con propósitos menos modestos que los míos, es decir, con el designio de escribir una historia de aspiraciones filosóficas y literarias, y no un cuadro menos aparatoso de noticias estudiadas con seriedad y expuestas con claridad y sencillez. Era preciso abarcar en su conjunto la vida de una nación, dar a conocer los diversos elementos que la han formado y que han procurado su desenvolvimiento, y descubrir con criterio seguro la influencia recíproca de esos elementos. La historia de la sucesión ordenada de los gobernantes de un pueblo, de las guerras que sostuvieron, y de las más aparatosas manifestaciones de la vida pública, no satisface en nuestra época a los lectores ilustrados. Buscan éstos en las relaciones del pasado algo que lo haga conocer más completamente, que explique su espíritu, su manera de ser, y que revele las diversas fases porque ha pasado la sociedad de que se trata. Para muchos de ellos, la relación prolija de acontecimientos, por pintoresca y animada que sea, tiene escasa importancia” (13).

Tal fué el plan en sus líneas generales. ¿Cuál era el sistema? Definiendo la antinomia entre la historia narrativa y la filosófica, escribe: “De aquí han nacido las historias vulgarmente llamadas filosóficas, con pocos hechos, o en que éstos ocupan un lugar secundario y como simple accesorio que sirve de comprobación de las conclusiones generales. En manos de verdaderos pensadores y de escritores ilustres, la historia concebida en esta forma ha adquirido una grandio-

---

(13) Barros Arana.—*Historia General de Chile*. T. I. Santiago, 1884. pp. VII y VIII.

sidad sorprendente; nos permite observar en un cuadro general y concreto, la marcha progresiva de la humanidad, y apreciar en su conjunto las leyes morales a que está sometido su desenvolvimiento. Este género de historia, instructivo e interesante para los lectores cultos, no es todavía propiamente popular, porque para ser comprendido y apreciado, es indispensable cierta preparación intelectual que no es del dominio de la mayoría. Exige además del autor, a la vez que un juicio claro y penetrante, ajeno a todo espíritu de sistema, un conocimiento exacto y profundo de los hechos, por más que éstos tengan poca cabida en su libro. Cuando el historiador no posee estas condiciones, no llega a otro resultado que el de combinar una serie de generalidades más o menos vagas y declamatorias, una especie de caos que no procura agrado ni instrucción, una obra fútil y de escaso valor, que sólo puede cautivar a los espíritus más superficiales.

“Al emprender esta historia, he adoptado de propósito deliberado el sistema narrativo. Me he propuesto investigar los hechos con toda prolijidad en los numerosos documentos de que he podido disponer, y referirlos naturalmente, con el orden, el método y la claridad que me fuera posible para dejarlos al alcance del mayor número de los lectores. Sin desconocer la importancia de la aplicación del método sintético o filosófico al arte de escribir la historia, he obedecido en mi elección a razones que creo necesario exponer.

“En primer lugar, la llamada historia filosófica es la última transformación del arte histórico. No puede existir sino a condición de que la historia haya pasado por las otras fases, de que haya llevado a cabo un estudio atento y minucioso de los documentos y de los hechos, y de que haya establecido definitivamente, la verdad despojándola de fábulas y de invenciones, y echando así los cimientos sobre los cuales debe construirse la historia verdaderamente filosófica. El estudio de los hechos no ha llegado todavía entre nosotros a este grado de perfeccionamiento. Existen, como hemos dicho, trabajos parciales de un mérito indisputable, pero están contraídos a muy cortos períodos o materias muy determinadas; de modo que queda aún mucho por investigar para tener un cuadro aproximadamente verdadero de los hechos, sobre los cuales puedan basarse esas obras de conjunto y de conclusiones generales.

“La historia narrativa, en segundo lugar, se dirige a mayor nú-

mero de lectores, agrada a veces con el interés de una obra de imaginación, y nos da a conocer las individualidades más o menos prominentes de los tiempos pasados, de que hace abstracción casi por completo la historia conocida comúnmente con la denominación de filosófica. Aunque la importancia de un gran número de personajes que figuraron en un siglo, desaparece más o menos con el transcurso de los tiempos, siempre hay un interés, aunque sea el de simple curiosidad, por conocer sus hechos y su carácter. Ha llegado a decirse que relegada por el movimiento científico e industrial de nuestra época, y más aún, por el de los tiempos futuros, la historia, a lo menos tal como ahora se la comprende, tiene que desaparecer del número de los estudios que preocupan a la humanidad (14). Esta opinión no puede ser sino relativamente exacta. Es cierto que más tarde, cuando la historia más vasta y más complicada en su conjunto, llegue a ser un estudio mucho más difícil, habrán de interesar menos que al presente los accidentes biográficos; pero siempre habrá en cada pueblo hombres que desearán conocer los antecedentes de su raza, y lo que fué la vida de sus antepasados. Este estudio es una necesidad intelectual de que difícilmente podrá desprenderse el espíritu de los hombres, por diversas que sean las aspiraciones de las edades futuras. La historia narrativa tendrá en los siglos venideros menos adeptos, pero siempre contará algunos aficionados.

“En tercer lugar, la forma narrativa no excluye de la historia las aplicaciones del género filosófico: antes, por el contrario, las exige; y aun éstas llegan a constituir uno de sus elementos indispensables. Puede decirse que ambos géneros se combinan fácilmente en una sola obra, haciéndola más instructiva e interesante. Si por historia filo-

---

(14) “Las ciencias históricas — dice M. E. Renan, pequeñas ciencias conjurales que se deshacen sin cesar después de haber sido hechas, y que se descuidarán dentro de cien años. En efecto, se ve aparecer una época en que el hombre no prestará mucho interés a su pasado. Me temo mucho que nuestros escritos de precisión de la Academia de bellas letras e inscripciones, destinados a dar alguna exactitud a la historia, se pudran antes de haber sido leídos. La química, por una parte, la astronomía, por otra, y la fisiología, sobre todo, nos darán verdaderamente el secreto del ser y del mundo. El pesar de mi vida es haber escogido para mis estudios un género de investigaciones que no se impondrá nunca, y que quedará siempre en el estado de interesantes discusiones sobre una realidad desaparecida para siempre”. E. Renan, *Souvenirs d'enfance et de jeunesse* en la *Revue des deux mondes*, del 15 de diciembre de 1881.

sófica se comprende un tejido de generalidades aplicables igualmente a todos los tiempos y a todos los países, o de disertaciones morales y políticas, como lo han creído algunos espíritus superficiales, será sin duda difícil, o a lo menos embarazoso, refundirla en la historia narrativa. Pero, si por aquella se entiende el encadenamiento lógico de los hechos, su sucesión natural explicada por medio de las relaciones de causas y de efectos, el estudio no sólo de los sucesos militares y brillantes, sino de todos los accidentes civiles y sociales que pueden darnos a conocer la vida de otros tiempos, lo que pensaban y sufrían las generaciones pasadas, así como su estado moral y material, sin duda que esas nociones deben tener cabida en el cuadro narrativo de los hechos, y aun desprenderse sencillamente de éstos.

"Es preciso no disimularse que la historia narrativa comprendida de esta manera, presenta las más graves dificultades, y exige en el historiador dotes intelectuales que a pocos es dado poseer. La edad moderna, como ya dijimos, no se contenta con hallar en la historia el cuadro de los sucesos políticos y militares, sino que reclama noticias de otra clase, descuidadas ordinariamente antes de ahora, y que, sin embargo, son las que nos hacen penetrar mejor en el conocimiento de los tiempos pasados. La historia de un pueblo no es ya únicamente la de sus gobernantes, de sus ministros, de sus generales y de sus hombres notables, sino la del pueblo mismo, estudiado en todas sus manifestaciones, sus costumbres, sus leyes, sus ideas, sus creencias, su vida material y moral; y debe además estar expuesta con la más transparente claridad para que del conjunto de hechos tan complejos resulte la reconstrucción artificial pero exacta del pasado. El historiador, como se comprende, tiene que dar una grande amplitud a sus trabajos de investigación, que extenderlos a materias que en otras épocas se creían ajenas de la historia, y que combinar sus noticias para hacer entrar en el cuadro de los hechos, los accidentes morales y materiales que contribuyen a dar toda la luz posible sobre los tiempos que deseamos conocer.

"La labor de investigación que recae sobre esta clase de accidentes, exige una sagacidad particular. Hace medio siglo un insigne crítico, que más tarde fué uno de los grandes historiadores de nuestro tiempo, decía a este respecto lo que sigue: "Las circunstancias que más influyen en la felicidad de la especie humana, los cambios en las cos-

tumbres y en la moral, el movimiento que hace pasar las sociedades de la pobreza a la riqueza, de la ignorancia a la instrucción, de la ferocidad a la humanidad, son, en su mayor parte, revoluciones que se operan sin ruido. Sus progresos son rara vez señalados, por lo que los historiadores han convenido en llamar acontecimientos importantes. No son los ejércitos quienes los ejecutan, ni los senados quienes los votan. No han sido sancionados por tratados ni inscritos en los archivos. La corriente superficial de la sociedad no nos da ningún criterio seguro para poder juzgar cuál es la dirección de la corriente inferior. Leemos las relaciones de derrotas y de victorias; pero sabemos que las naciones pueden ser desgraciadas en medio de las victorias y prósperas en medio de las derrotas" (15). Sólo una penetración verdaderamente superior, y un largo hábito de estudios históricos, pueden habilitar al investigador para penetrar con paso firme y seguro en la observación de esta clase de hechos.

"Si esta dificultad es verdaderamente enorme cuando se trata del estudio de los hechos materiales, es todavía mayor si se quiere penetrar su espíritu, así como el carácter de hombres y de los tiempos pasados. "Se insiste mucho en nuestros días, y con razón, dice un célebre crítico contemporáneo, en la necesidad que tiene el historiador

---

(15) Lord Macaulay, *On history*, artículo de la *Edimburgh Review*, de mayo de 1928. Señalando las dificultades con que tiene que luchar el historiador, Macaulay dice magistralmente lo que sigue: "Escribir la historia convenientemente, es decir, hacer sumarios de los despachos y extractos de los discursos, repartir la dosis requerida de epítetos encomiásticos o indignados, dibujar por medio de antítesis los retratos de los grandes hombres hasta poner en relieve cuantas virtudes y vicios contradictorios se combinan en ellos, son todas cosas muy fáciles. Pero ser realmente un verdadero historiador es quizá la más rara de las distinciones intelectuales. Hay muchas obras científicas que son absolutamente perfectas en su género. Hay poemas que nos inclinan a declararlos sin defectos, o marcados sólo por algunas manchas que desaparecen bajo el brillo general de su belleza. Hay discursos, muchos discursos, de Demóstenes particularmente, en que sería imposible cambiar una sola palabra sin imperfeccionarlos. Pero no conocemos un solo libro de historia que se acerque a la historia tal como concebimos que debería ser, y que no se desvíe grandemente ya a la derecha ya a la izquierda de la línea exacta que debía ser su verdadero camino".

Estos conceptos que el autor desarrolló con tanta erudición como criterio en algunas páginas llenas de brillo, son desalentadores para los que aspiran a producir obras históricas de aparato literario y filosófico; pero deben desalentar a los que con propósitos mucho más modestos, pretenden sólo contar con método y claridad los sucesos que han estudiado prolijamente. (Nota de Barros Arana).

de hacer abstracción del medio intelectual y moral en que se encuentra colocado. Se quiere que se separe de su siglo, y en cierta manera de sí mismo, de sus propios sentimientos, de sus propias ideas, a fin de entrar mejor en el espíritu de los tiempos pasados. La recomendación es buena, pero es más difícil de seguirse de lo que parece. Se necesita un grande hábito en las investigaciones históricas para saber cuánto difiere el hombre antiguo del hombre moderno; se necesita una flexibilidad de espíritu poco común para transportarse a una antigüedad remota y asociarse un momento a sus preocupaciones y pasiones. Se necesita una alta imparcialidad de espíritu para desligarse de su propia manera de ver, y para renunciar a hacer de ella la regla de lo verdadero" (16).

"Si es casi absolutamente imposible el desempeñar en toda su extensión este vasto y difícil programa impuesto a los estudios históricos por las necesidades y exigencias de nuestra época, si es dado a muy pocos hombres el acercarse siquiera a ese resultado, no debe el historiador dejar de poner de su parte el esfuerzo posible para servir esos propósitos. Desgraciadamente, por lo que respecta a nuestro país, las relaciones y documentos que nos ha legado el tiempo pasado, son en su mayor parte de un carácter puramente militar. La guerra de más de dos siglos que ocupó a los españoles conquistadores de nuestro suelo, y más tarde la guerra de nuestra independencia, forman el material preferente de esas piezas, porque era también la guerra el asunto que más preocupaba la atención de nuestros mayores. Sin embargo, al lado de ella se operaba lentamente, sin estrépito ni aparato, una transformación social de esas que apenas dejan huella en los documentos. Un investigador paciente encontrará en ellos, si no toda la luz que puede apetecer, la suficiente para que la historia que se propone escribir no quede a este respecto en la obscuridad en que la dejaron casi todos los historiadores y cronistas anteriores" (17).

Hay que insistir en estos puntos de vista del historiador. Son de un gran interés para fijar después los méritos y los desméritos de la *Historia General*. En el último volumen de ella, en lo que el autor

---

(16) Edmond Scherer, *Etudes critiques sur la littérature contemporaine*. (París, 1863), pág. 189.

(17) Barros Arana.—*Historia General de Chile*. Santiago, 1884. T. I., pp. VIII a XIII.

llamó *Mi conclusión*, ha vuelto Barros Arana a tocar de nuevo los mismos puntos que ha expuesto en el prólogo y que ya hemos citado. Allí dijo: "Antes de dar cuerpo definitivo de narración al vasto material de documentos, de notas y de apuntes que tenía colectado, debía meditar el plan de la obra, el espíritu de ella, y la forma literaria de que convenía revestirla. No podía someterla a aquel viejo tipo artístico, que con la perfección de la forma, la grave dignidad del lenguaje y la sagacidad de las reflexiones morales y políticas, pero a la vez sin cuidado por la absoluta exactitud, fué hasta tiempos más recientes el ideal del arte histórico. Ese tipo, creado por los griegos, que dejaron los modelos más acabados, tiene en nuestra lengua el más notable representante en la *Historia de la conquista de México*, de don Antonio de Solís, libro admirado por su valor literario, pero en el que ya no se pretende buscar la enseñanza histórica. Una historia de esa clase no corresponde a las aspiraciones de carácter científico de nuestra época. Para componer una obra de más reconocida utilidad que las crónicas en que, conforme a aquel sistema, se había querido referir nuestro pasado, era necesario adoptar otro tipo caracterizado, puede decirse así, por las cualidades opuestas, en que la forma literaria es, en cierto modo, secundaria, y en que las reflexiones morales son raras, pero en que se exige una laboriosa preparación de investigación para establecer la verdad, y el conocimiento claro y seguro de que la sociedad es un agregado de fuerzas que se mueven según leyes especiales, tendentes todas ellas a una obra común que la filosofía moderna ha caracterizado con el nombre de "evolución".

"La historia comprendida así, y cultivada en los tiempos más modernos conforme a este tipo, ha efectuado una especie de resurrección del pasado, dándonos a conocer las diversas manifestaciones de la vida de otros siglos, y ensanchando el campo de las ciencias sociales con la lección que se desprende de la exposición cabal de los acontecimientos. Pero este tipo de historia exige del historiador condiciones múltiples, que rara vez o, más bien dicho, casi nunca, se hallan reunidas en un solo hombre. La historia debe estudiar y dar a conocer con igual competencia todas las diversas fases de la vida de un pueblo o de una época; y el historiador está obligado a poseer los más variados conocimientos para tratar con cierta competencia esa diversidad de órdenes de hechos. Sin pretender haber llenado esta

condición del género histórico; creyendo, por el contrario, que sólo es dado a los hombres eminentemente superiores el acercarse a ella, me he empeñado en la medida de mis fuerzas, en trazar cada una de las diversas manifestaciones de la vida de nuestros mayores, con el mismo estudio, con el mismo interés, y en cuanto parecía convenir, con la misma extensión. Los hechos de carácter económico y social, la declaración de la libertad comercial, la introducción de la vacuna, etc., las cuestiones y competencias de carácter eclesiástico, y los accidentes grandes o pequeños que importan un progreso de la cultura, tienen en el desenvolvimiento y en la marcha de las naciones la misma o mayor influencia que las guerras; y el historiador debe, por tanto, estudiar los acontecimientos de aquel orden con tanto celo, como las manifestaciones más agitadas y brillantes de la vida de los pueblos, manifestaciones que antes ocupaban casi exclusivamente los libros de historia. Así se comprenderá que todas las páginas de esta obra, aun aquellas que se refieren a hechos subalternos y secundarios, y hasta las notas al parecer de menos importancia, me han merecido la misma atención que los acontecimientos más aparatosos, y que de ordinario parecen más trascendentales.

“Queda dicho que la historia, según este nuevo tipo moderno de composición, no da a la forma literaria aquella importancia que le atribuían los historiadores de la vieja escuela. No quiere esto decir que falten en nuestros días ejemplos de historias que sus autores han revestido, si no de la clásica y artística perfección de los historiadores antiguos, a lo menos del brillo y de la gracia de un estilo animado y colorido. Yo no pude seguir este ejemplo, porque ello habría sido una estéril tentativa para violentar la tendencia general de mi espíritu; y porque la lectura continuada durante largos años de libros de historia, me inclina con cierta desconfianza, esa ornamentación de formas en este género de obras. Desde luego, el estilo es la manifestación del espíritu y del temperamento literario de cada escritor; y si las imágenes y demás accidentes pintorescos con que se suele ataviarlo, no son francamente espontáneos, si son el fruto de una laboriosa rebusca, no se obtiene con ellas más que una artificiosa afectación de un gusto deplorable.

“Aparte de esto; las imágenes y los demás adornos con que se ha pretendido engalanar en ocasiones las páginas severas de la historia,

pueden darles brillo y cautivar la atención del lector; pero con frecuencia han perjudicado a la verdad histórica, dando a los hechos una luz exagerada o un color falso. Se ha observado que una metáfora valiente y pintoresca que fascina al lector, puede hacerlo concebir una idea inexacta del objeto del hecho a que se aplica. La crítica ha señalado inconvenientes de esta clase en historiadores de la talla de Michelet, de Macaulay y de Carlyle. Fácil es imaginarse lo que puede resultar de esos adornos cuando son empleados por manos menos hábiles. Las formas más sencillas del estilo, severas y comprensivas, se prestan mucho mejor a la exposición luminosa de los acontecimientos y a la inteligencia de sus causas, de su desarrollo y de sus efectos (18).

“En el plan de ejecución de mi *Historia* entraba, pues, la determinación de excluir esos pretendidos adornos de estilo que yo no habría podido emplear satisfactoriamente. En la distribución en capítulos de los acontecimientos y de los hechos o conclusiones que de ellos se desprenden, en la disposición de las materias dentro de cada capítulo, y en la exposición o relato histórico, no he buscado otra cosa que la más absoluta claridad a que me era dado alcanzar. En ocasiones he dejado aparte porciones de varias páginas de mis manuscritos para rehacerlas y darles una nueva redacción que me parecía más clara y comprensiva. En esta redacción adopté la forma más natural y sencilla, excluyendo toda pretensión de adorno, y no buscando otro efecto que la más absoluta claridad, así en la narración como en las observaciones que se desprenden naturalmente de ella; y sin intentar revestir a éstas de las apariencias de disertaciones o de máximas morales o políticas. Huyendo de los atavíos y oropeles de la historia, he evitado en lo posible, por no decir en lo absoluto, los retratos, que pocas veces dan una idea aproximativa del carácter de los personajes a que se refieren, y que con frecuencia son simples ejercicios retóricos de ninguna verdad, y hasta pobres remiendos literarios calcados sobre los modelos más aplaudidos en su género. En vez de pretender

---

(18) Un crítico contemporáneo ha dado forma concreta a estas ideas con las palabras siguientes: “La forma literaria es indispensable en las obras de pura imaginación. La historia, más sencilla y más robusta, se exime de ella sin dificultad, y no exige del que trae su piedra al grandioso edificio más que el ver bien, y el decir lo que ha visto bien”.—Jacques Normand, en la *Revue politique et littéraire*, vol. L. 1892, p. 207. (Nota de Barros Arana).

trazar tales retratos, me he empeñado en dar a conocer por sus hechos a los hombres más notables, los únicos que merecen ser sometidos a este examen; y estoy persuadido de que las personalidades sobresalientes de nuestra historia, están presentados en mi libro con todo su relieve y con todo su colorido, para que el lector pueda conocerlos y juzgarlos.

“Un insigne publicista suizo que gozó de gran fama en el siglo último, Simonde de Sismondi, terminaba una obra análoga a la mía con las palabras siguientes: “En mayo de 1818 comencé seriamente a trabajar en la *Historia de los franceses*. En el mes de mayo de 1842 abandoné la pluma después de haber ido tan lejos como mis fuerzas me lo han permitido. Al entregar al público esta obra terminada, con las ventajas que acabo de exponer y con los defectos que no me disimulo, descanso en el sentimiento de que he prestado un servicio a la nación francesa. Le he dado lo que no tenía: un cuadro completo de su existencia, un cuadro concienzudo, en el cual el amor o el odio, el temor o la lisonja, no me han inclinado jamás a disfrazar ninguna verdad; un cuadro en que ella podrá reconocer siempre qué frutos tan amargos produce el vicio, y qué frutos tan excelentes produce la virtud, y donde, sin henchirse de una vana gloria, ella aprenderá y podrá enseñar a sus hijos a estimarse y a respetarse” (19).

“Me permito reproducir estas palabras aplicándolas a mi *Historia General de Chile*. En efecto, aunque disto mucho de creer que he producido una obra de un mérito grande y duradero, es incuestionable que ella es la más completa y la más estudiada que exista ahora con este título y que, por tanto, he prestado un servicio no despreciable a mi patria, presentándole, en una forma clara y ordenada,

---

(19) La *Historia de los franceses*, de Sismondi, que gozó por muchos años de un crédito incontestado, y que Guizot, en sus célebres lecciones dadas en el Colegio de Francia criticaba con franqueza señalando sus defectos, proclamándola con todo “sin contradicción la mejor de todas las historias de Francia”, no alcanzó a quedar terminada. Su autor esperaba llevarla hasta la convocación de los estados generales en 1789; pero, atacado por una grave enfermedad, en mayo de 1842, cuando acababa de contar la muerte de Luis XV (1774), escribió algunas páginas de despedida a sus lectores de donde he tomado las palabras copiadas en el texto. Esa historia, muy aplaudida entonces en Europa, gozó la reputación de la mejor en su clase. Sin embargo, le ha cabido ya la suerte de las obras de este género. Antes de muchos años fué aventajada por otras que adelantaban considerablemente la investigación; y hoy, sin haber caído en el olvido, es mucho menos consultada. (Nota de Barros Arana).

los anales de la vida y del desenvolvimiento de nuestra raza durante tres siglos. Pero, como lo he escrito al principio de este libro, estoy igualmente convencido de que por más que me haya impuesto un obstinado trabajo de investigación, por más empeño que haya tenido para hacer entrar en esta *Historia* las noticias de todo orden que puedan interesar a las nuevas generaciones, por no corresponder cumplidamente a las futuras existencias de éstas, ella no tendrá una larga duración, y, sin duda, no alcanzará siquiera el honor de una segunda edición. La historia está destinada a rehacerse constantemente. Cada edad busca en ella una enseñanza que corresponda a la necesidad de reconstruirla, adoptándola a esta necesidad. Todo hace creer, por otra parte, que investigadores más afortunados que yo, descubrirán hechos y accidentes que me quedaron desconocidos, y que si bien éstos no modificarán, según creo, el fondo de la historia, agregarán nueva luz y nuevo colorido a alguna de sus partes. Pero sí, muy seguramente antes de muchos años, una nueva historia de Chile, producto natural de esta renovación inevitable y útil de los estudios históricos, vendrá a reemplazar, como libro de lectura, a la que yo he escrito; estoy cierto de que ésta será consultada más tarde como punto de partida para la futura investigación y como fuente abundante de noticias de primera mano. Mi obra vivirá entonces en las bibliotecas, como hoy viven tantos libros, que no porque se leen menos, o porque no se leen en toda su extensión, han dejado de ser útiles a los hombres de estudio, que tienen que acudir a consultarlos" (20).

Largas son estas citaciones; pero es preciso recurrir a ellas para conocer el espíritu de Barros Arana y cómo él definió su posición de historiador.

El orden cronológico más severo preside toda la historia. La narración está basada en la más imponderable compulsión e investigación. El resultado de ésta, arrojado en las notas de la obra con una sapiencia admirable. Para llegar a la verdad, para exponerla, Barros Arana sacrificó hasta la forma literaria. Quería presentar el desarrollo de Chile en un cuerpo completo de noticias. Ya se ha visto que se decidió por el llamado sistema de la historia narrativa: esa era su es-

---

(20) Barros Arana.—*Historia General de Chile*. Santiago, 1902. T. XVI, pp. 381 a 385. Se equivocaba Barros Arana. Su obra ha sido nuevamente editada antes de un plazo de treinta años.

cuela. No deseaba buscar en la filosofía ni en la psicología las conexiones íntimas de los sucesos humanos. El espíritu del hombre en su papel histórico presentábasele independiente, aislado. Los hechos sociales, el progreso de la industria, del comercio, de las fuerzas políticas, etc., los hacía derivar también del hombre, no en su aspecto de grupo, o muchedumbre, o masa, sino mediante su personal esfuerzo. Le interesaba esa orientación porque era la única que veía, y también porque su realismo, lo objetivo de su inteligencia, no podía imaginar otra manera de interpretar los fenómenos históricos. Primer defecto capital de la *Historia*. De esta manera, el sentido de las proporciones ha desaparecido en toda la obra redactada por Barros Arana. La biografía de un simple gobernador de provincia ha alcanzado en las páginas de la *Historia General*, los mismos honores que la de un personaje central de un período. La elefantiasis del método analítico no ha sabido distinguir, o no ha querido buscar, el justo medio. El erudito no se ha resuelto a sacrificar el valor novedoso de su investigación. Fuera de ser falsa la creencia de que el hombre, aisladamente y solo, forma el hecho y el material histórico, y que es su capricho el que decide el curso de los sucesos, la aplicación de esa teoría es peligrosa cuando trata de imponérsela a lo largo de una historia que relata la evolución de un pueblo durante un período de cerca de tres siglos. Sería la negación misma de la vida social y del esfuerzo colectivo de la humanidad en su aspiración al progreso. Al avanzar en la redacción de las páginas de la *Historia*, Barros Arana comprendió el error en que caía. Limitó en el texto hasta donde pudo la exaltación de personalidades secundarias; pero en las notas no pudo substraerse a dar las más completas noticias biográficas. Hemos hecho un cálculo de las biografías que contiene la obra, y ellas suman, entendiendo por tales la relación continuada de una vida, la no despreciable suma de 2,853, en un total de cerca de 120,000 nombres citados. Es excesivo. Pero la escuela erudita ha ganado con ello.

La historia busca en la cronología—es una vulgaridad decirlo—la sucesión de los hechos en el tiempo. Así ordena los acontecimientos. El historiador sabe que es la única forma externa que le permite el relato. Es una manera que usa para componer. La visión humana no puede, sin embargo, ser tan poderosa que pueda abarcar en un golpe de conjunto lo que se le va presentando como acaecido día a día,

momento a momento, mes a mes, año a año. La aplicación rigurosa de la cronología en la *Historia General* ha desvanecido, por decirlo así, la caracterización de las épocas. Es el segundo error del método analítico de Barros Arana. Para suplir los defectos del sistema cronológico, sólo la síntesis rápida, esquemática, puede dar el relieve que necesita la historia. Requiere un poder de evocación y de arte, del que ciertamente careció Barros Arana. Sin él, los hechos de distinto carácter se perfilan en una misma línea y pierden su vigor, porque se confunden al apreciar su valor. El paso fué salvado en los capítulos resúmenes que el autor trazó al final de cada siglo, y que constituyen lo mejor de la *Historia*. Sin quererlo, acaso, en ellos fijó con mano maestra los verdaderos orígenes de la formación y desarrollo de la nacionalidad (21). Por más que Barros Arana creyera que era posible una unión estrecha entre el sistema narrativo y filosófico, y viera en los capítulos resúmenes a que nos estamos refiriendo, una expresión de esa alianza, lo cierto es que no lo consiguió. En ellos arrojó datos para la sociología, que si bien podría tomarlos el sociólogo de toda la obra, están mejor caracterizados allí, porque se presentan en un aspecto más hacedero al desarrollo consecuencial de la

---

(21) Son los mismos que, desglosados de la *Historia General de Chile*, forman dos volúmenes con el título de *Orígenes de Chile*. Han sido seleccionados con un criterio de vulgarización de la historia nacional, porque estamos persuadidos que ellos serán más accesibles al público que la *Historia General*. Tienen también el mérito de presentar en su evolución sociológica lo que ha sido el país. Claramente se delimitan esos capítulos. Los que forman el tomo I de los *Orígenes de Chile* corresponden a la formación de la nacionalidad, y los que constituyen el II, al desarrollo de ella. Mientras la *Historia General* será la fuente madre de los eruditos de los tiempos presentes y futuros, los *Orígenes*, al paso que presentarán a Barros Arana en un aspecto nuevo que se pierde en la obra capital, dará a su nombre mayor popularidad, si cabe.

La honradez de editores y prologuistas nos mueve a hacer una declaración. Los capítulos I, II, III, IV y V del Tomo I, que corresponden a los orígenes del hombre americano y a la población indígena del territorio chileno, hoy han sido rehechos apartándose del criterio de Barros Arana. No siendo posible dar aquí una bibliografía sobre la materia, al lector que quiera ahondar en el asunto le recomendamos el espléndido libro de Carlos Oliver Schneider, intitulado *Los indios de Chile*. Lo que se sabe actualmente de ellos. Concepción, 1932. Hay allí una sumaria exposición del estado actual de los problemas del aborigen chileno, seguida de una muy bien orientada bibliografía. Cuanto al primitivo hombre americano, remitimos al lector a la obra de Ricardo Latcham, *Prehistoria Chilena*, Santiago, 1928. Cap. I y II, advirtiendo que todo el libro es de útil y sabia lectura.

masa de la sociedad. El espíritu filosófico no fluye de la obra. Está el lector obligado, después de una inmensa lectura, a reflexionar largamente para formarse el juicio que su propio criterio le sugiera. El procedimiento era honrado y satisfacía a Barros Arana; pero era una ilusión la suya el imaginar que había combinado dos sistemas históricos que por su naturaleza se excluyen.

Los críticos literarios han debatido largamente el valor de la *Historia General* como obra ajustada a las reglas de la preceptiva. Es inoficioso volver sobre el tema. Observaremos, no obstante, que los primeros volúmenes de ella son muy inferiores a los últimos. A fuerza de manejar la pluma, Barros Arana consiguió su dominio. Su estilo seco, sencillo, sin rasgo de vida, se torna majestuoso cuando escribe *Mi Conclusión*. Es la página emocionada de un hombre de ciencia que consagró a la escuela impuesta por Bello en Chile una extraordinaria lealtad, y que llevó a una excesiva glorificación mediante el sacrificio de las ideas generales del pensamiento, para hacer triunfar el dato sobre el dato. En todo caso, levantó el más grande monumento a la erudición americana.

## BIBLIOGRAFIA DE ALGUNAS OBRAS DEL AUTOR

### I.—Estudios históricos y biográficos

- 1.—Un documento sobre Balmaceda. ¿Escribió Balmaceda una justificación de sus actos después de la Revolución de 1891 para el New York Herald? Santiago, 1922.
- 2.—Revolución de 1891. Apuntes de D. Carlos Boizard, precedidos de una introducción crítica y biográfica. Santiago, 1922.
- 3.—Don Enrique Matta Vial. Su vida y su obra. Su acción en el desarrollo de la cultura intelectual chilena. Prólogo de Armando Donoso. Santiago, 1923.
- 4.—La primera misión de los Estados Unidos de América en Chile. Santiago, 1926.
- 5.—Don Enrique Matta Vial y la Sociedad Chilena de Historia y Geografía. Santiago, 1929.
- 6.—Los últimos años de un polemista. Don Antonio José de Irisarri. (1864-1868). Santiago, 1929.
- 7.—Barros Arana y la Biblioteca Nacional. Santiago, 1930.
- 8.—Imágenes de Chile. Vida y costumbres chilenas en los siglos XVIII y XIX a través de testimonios contemporáneos. Obra aprobada por la Dirección General de Educación Secundaria, como texto de lecturas históricas. Santiago, 1933.

### II.—Crítica histórica, literaria y bibliográfica

- 9.—La Biblioteca Americana de D. J. T. Medina. Santiago, 1927.
- 10.—Un libro raro americano: El Cristiano Errante. Novela que tiene mucho de Historia, por Romualdo de Villapedeosa. Santiago, 1928.
- 11.—Apostillas bibliográficas. Las obras de Irisarri y su biblioteca. Santiago, 1928.
- 12.—Un libelo sobre el General San Martín. Notas históricas y bibliográficas. Santiago, 1929.
- 13.—Advertencias saludables a un criticastro de mala ley. Buenos Aires, 1929.

- 14.—Barros Arana erudito y bibliógrafo. Santiago, 1930.
- 15.—Dos aspectos de Barros Arana. Santiago, 1930.
- 16.—Interpretación de Vicuña Mackenna. El Historiador. Santiago, 1931.
- 17.—Las obras de Vicuña Mackenna. Estudio bibliográfico precedido de un panorama de la labor literaria del escritor. Santiago, 1932.
- 18.—Medina y la historiografía americana. Un ensayo sobre la aplicación del método. Santiago, 1933.
- 19.—Barros Arana y el método analítico en la historia. Un ensayo de interpretación. Santiago, 1934.

## II.—Estudios bibliográficos

- 20.—Catálogo de las publicaciones de D. J. T. Medina (1873-1914), por Víctor M. Chiappa. Continuado hasta el día y seguido de una bibliografía, por Guillermo Feliú Cruz. Santiago, 1924.
- 21.—Bibliografía de D. José Toribio Medina. Santiago, 1931.
- 22.—Bibliografía de D. José Toribio Medina. Notas críticas. Buenos Aires, 1931.
- 23.—Ensayo de una bibliografía de las obras de D. Benjamín Vicuña Mackenna (1850-1931). Santiago, 1931.
- 24.—En torno de Ricardo Palma. Santiago, 1933. 2 vols. Tomo I: La estancia en Chile. Tomo II: Ensayo crítico-bibliográfico.
- 25.—Pérez Rosales, escritor. Estudio bibliográfico sobre la labor literaria del escritor. Santiago, 1934.

## IV.—Colecciones documentales y reimpresiones

- 26.—Documentos inéditos para la Historia de Chile. Catálogo del Archivo de la Biblioteca Americana J. T. Medina. Santiago. 2 vols. Tomo I: (1535-1720), 1928; Tomo II: (1720-1827). 1930.
- 27.—El Cristiano Errante. Novela que tiene mucho de historia por Antonio José de Irisarri. Reimpresión con un proemio bibliográfico y algunas notas. Santiago, 1929.
- 28.—Colección de Historiadores y de Documentos relativos a la Independencia de Chile. El Monitor Araucano. Tomo I: (Núms. 51-100); Tomo II: (Núms. 1-83); Tomo XXVII. Santiago, 1930.
- 29.—Colección de Historiadores y de Documentos relativos a la Independencia de Chile. Últimos días de la dominación española. (Proceso seguido de orden del Virrey del Perú a los jefes y oficiales del Ejército Real derrotado en Chacabuco). Tomo XXVIII. Santiago, 1930.
- 30.—Orígenes de Chile, por Diego Barros Arana. Prólogo, selección y notas bibliográficas de Guillermo Feliú Cruz. Santiago, 2 vols. Tomo I: La formación de la nacionalidad; Tomo II: El desarrollo de la nacionalidad. 1934.